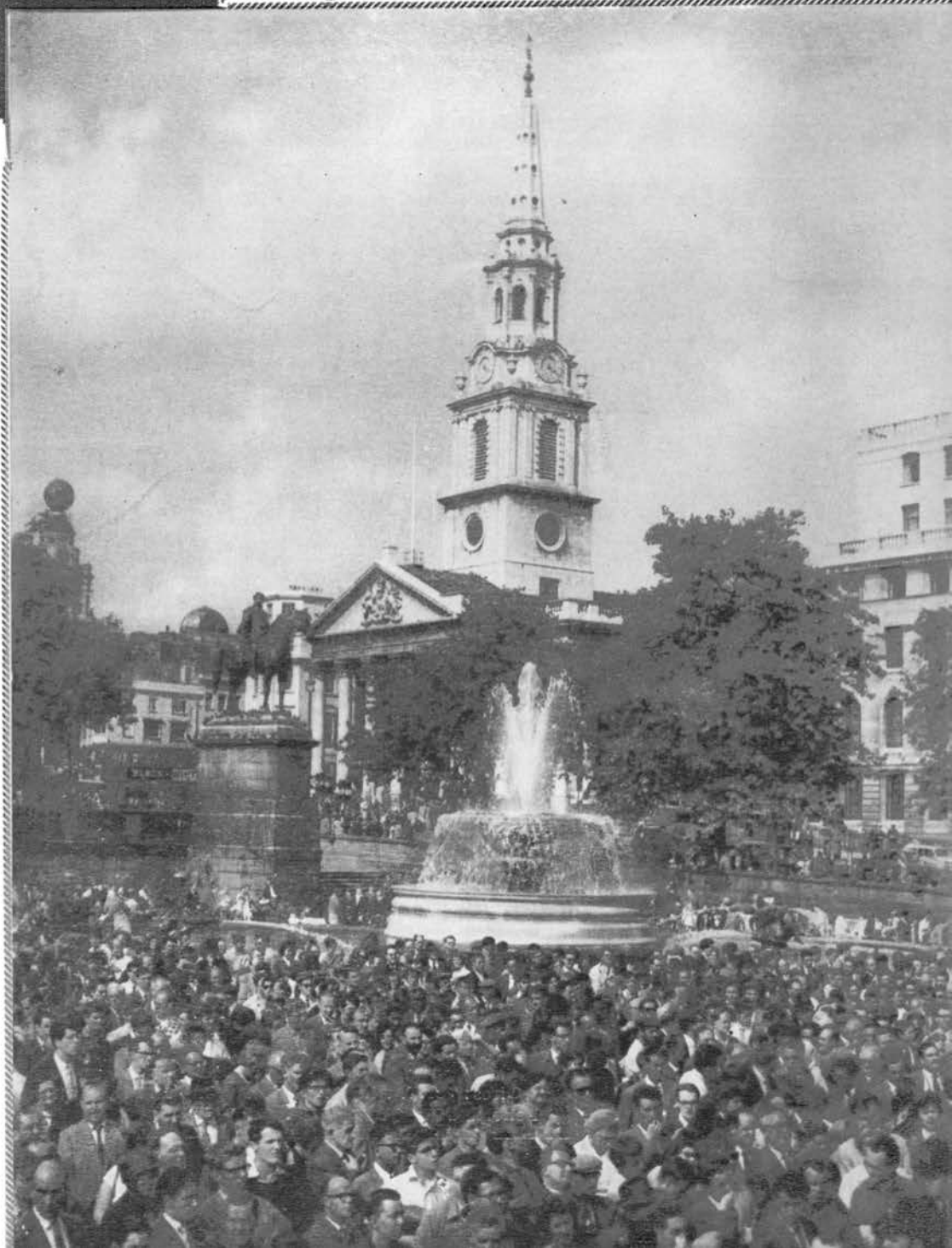
CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

G. Esgleas: Valoricemos al Movimiento Libertario. — **J. Schwartzman:** Lucrecio, el teórico del contrato social. — **G. Leval:** Sobre poesía y otras cosas. — **Feijoo:** El hablador. — **J. Peirats:** Sobre nuestra neutralidad diplomática y otras garambainas. — **J. Ruiz:** Ideas sobre educación. — **F. Valera:** Ante la tumba de Machado. — **Dr. J. Lazarte:** Superpoblación mundial y limitación eficiente. — **F. Alaiz:** Mi primer maestro: José Castelltort. — **P. Bravo:** Hoja por hoja. — **E. Relgis:** Doce capitales. — **C. Iscar:** Alcohol, juego y otros vicios. — **Angel Samblancat:** Narcisismo del zapote. — **M. Jiménez:** Ateneos de España. — **Puyol:** Cervantes escritor, soldado y mártir. — **Denis:** La reina. — **H. Read:** Anarquía y orden. — **M. Celma** y **H. Plaja:** La vida y los libros. — **Suno:** Microcultura.



118

OCTUBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

NUESTRA PORTADA

Es una imagen del mitin de protesta contra la visita oficial a Londres de Fernando Castiella, que, organizado por Spanis ex-Servicemens Association y la Spanish Democrat Defence Commitee, tuvo lugar el 10 de Julio en Trafalgar Square.

Antes celebróse una manifestación por todo el centro de Londres, desde Marble Arch hasta la plaza célebre, con la bandera tricolor española izada junto a la inglesa, y con cientos de pancartas denunciando la tiranía franquista.

James Griffith abrió el acto denunciando la presencia en Londres del franquista Castiella; también denunció el pasado siniestro de este indiviouo y la relajación de moral de los gobiernos democráticos cuyo último signo es la invitación al ministro nazista.

Elwyn Jones, señaló que ayudar al pueblo español en su lucha por la libertad y la justicia es un deber de todo hombre.

Robert Edwards dijo que la libertad de los pueblos no se puede defender si empezamos traicionando a uno.

Estos tres oradores son diputados laboristas.

Después habló una mujer, Manuela Sykes, del Comité del Partido Liberal inglés, y cerró el acto el Dr. Donald Soper con un discurso que fué muy aplaudido.

Por la Asociación organizadora habló nuestro compañero Agustín Roa.

Los franquistas españoles tras destruir España y matar Un Millón de españoles en 1936, ayudaron al criminal Adolfo Hitler cuando éste destruía Londres y mataba a los londinenses con sus V1 y V2, de triste recuerdo.

Y, ciertamente, sabiendo esto y viendo a los franquistas como Castiella invitados de honor del gobierno inglés, obliga a decir que ni el nazismo podía llegar a más ni los ingleses a menos.

Por eso, CENIT se suma a la protesta de Trafalgar Square porque allí estaba representada toda la dignidad anglo-española.

Cuando los tiranos parecen besar, ha llegado la hora de echarse a temblar.

SHAKESPEARE

Otro que también hubiera estado en Trafalgar Square.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valiina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF. Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X | Toulouse, Octubre 1960 | Nº 118

Valoricemos al Movimiento Libertario

por Germinal ESGLEAS

LAS corrientes ideales no nacen espontáneas. No surge tampoco por generación espontánea una Organización, un Movimiento. La evolución del pensamiento filosófico, ético, político y sociológico, la evolución científica, el desarrollo de las formas económicas, todo contribuye a posibilitar la formación de las nuevas corrientes ideales que tienen casi siempre un lento proceso de incubación.

El Movimiento Libertario no escapa a la regla. Se ha ido formando como una consecuencia de la evolución general de la conciencia libre humana.

Las teorías de Godwin, de Proudhon, de Reclus, de Kropotkin, de Grave, de Malatesta, de Mella, no habrían podido desarrollarse si antes una pléyade de pensadores y de hombres de ciencia no hubieran desbrozado el camino, hecho luz en los espíritus; si en el campo social, político y económico hondas transformaciones no se hubieran operado. La concepción anarquista se desarrolla porque el progreso humano la favorece.

Los anarquistas no podemos disociarnos de la Humanidad, vivir ajenos a sus luchas, encerrarnos en una torre de marfil. Los grandes problemas humanos, los problemas de nuestra época, deben preocuparnos hondamente a los anarquistas. Son también esos problemas nuestros problemas.

Nuestra doctrina tiene sentido práctico, sentido de realidad, como tiene contenido ideal. Nuestros pensadores más preclaros han buceado en el fondo de los sistemas éticos, políticos y religiosos, han estudiado profundamente los problemas económicos y sociales, han penetrado en la entraña de las teorías científicas más modernas, no por capricho ni por dilettantismo, sino con la noble preocupación de servir al pueblo, de ayudar a la humanidad, de defender la causa de la libertad y de la justicia, de la igualdad social, base y fundamento de toda civilización duradera.

La obra de un Platón, de un Aristóteles, de un Descartes, de un Newton, de un Espinosa, de un Kant, de un Guyau, de un Curie, de un Einstein, la de un Faraday, de un Fulton o de un Edison, para no citar otros, no es menospreciada por los anarquistas. Arte, Ciencia, Filosofía, valen para el desarrollo de la anarquía. No sería propio hacerles impermeables a nuestras ideas. Se trata de saturarles de nuestra savia ideal. La corriente revolucionaria anarquista, presionará tanto más en el cuerpo social cuanto mayor sea el impulso de la mentalidad libertaria inspiradora.

Entre los trabajadores españoles la idea anarquista ha prendido grandemente. La lógica del razonamiento en materia social, la claridad de sus luces, ha hecho que asimilaran el espíritu de la concepción sociológica más avanzada. Antes que Bakunin y que Fanelli, probablemente, muchos obreros, en España, habían intuído la concepción anarquista. Pero los Ricardo Mella, los Fernando Tarrida, los Farga Pellicer, los Anselmo Lorenzo, los Llumas, los Urales, han contribuído a propagar y a abrir camino a la anarquía en España de una manera vigorosa, y a veces con mayor eficacia e influenciación moral que las propias asociaciones obreras.

NO debe existir en el campo anarquista el desprecio a la inteligencia. La inteligencia, inspirada de ética anarquista, contribuye a la emancipación humana. No han de crearse las banderías de intelectuales y de manuales, de teóricos y de hombres de ación. Eso sería hacer demagogia dentro del propio Movimiento. Preclaros teóricos han demostrado ser excelentes hombres de acción. Hombres de acción, han demostrado ser pensadores excelentes. El radicalismo de la acción es absolutamente negativo, degenera en autoritarismo cuando no hay una clara idea que lo ilumina.

Nuestro Movimiento debe preocuparse de sentar un principio: el de ayudarse a sí mismo, el de valorizar como Movimiento genuinamente anarquista vinculado a la especie en el esfuerzo general progresivo que la Humanidad en su conjunto realiza para alcanzar superiores formas de vida.

A la luz del Ideal, a través de la obra cotidiana, nuestra propia acción debe darnos fe en nuestra propia fuerza. Esta fuerza ha de tener un valor ético. Los anarquistas no debemos emplear nuestra fuerza al servicio de ninguna causa contraria o antagónica a nuestras propias aspiraciones. justas.

Nuestra Organización, nuestro Movimiento — el Movimeinto Libertario, síntesis anarquista responsabilizada — es distinto y opuesto a todo partido político bur-

gués u obrero que defienda las instituciones autoritarias, no importa su nombre, o que les apoye directa o indirectamente.

La eficacia de la actuación libertaria se demostrará en la medida que nuestro Movimiento sepa crear las condiciones favorables para que esta distinción resalte con real limpieza en el terreno de los hechos, ensanchando cada día mayormente su base y sus posibilidades propias.

Nuestra fuerza está en nuestros principios y en las cualidades éticas de nuestro propio Ideal. Nuestra fuerza está en nosotros mismos actuando con la energía y convicción que caracteriza al luchador inspirado de una gran idea. El único remedio al decaimiento, al vencimiento íntimo es que ese manantial puro de la idea no se seque jamás dentro de nosotros.

Nuestro Movimiento corre graves riesgos. El peor sería el de que viera un día desnaturalizada su esencia por falta de consciencia anarquista. Nuestro sentido ético no ha de perderse ni ha de ser anarquista. El deseo de realización práctica de nuestro ideal ha de manifestarse con consciencia y voluntad anarquistas.

ES necesario tener de nuestro Movimiento una concepción amplia y elevada. El Movimiento Libertario no puede encerrarse en una mentalidad de caverna ni en el infantilismo de las peñas amigables o de las pipas curalotodo. Nuestro Movimiento, el Movimiento Libertario Español en plena madurez, con objetivos concretos, con claridad de conducta quiere influir e influye, como vanguardia social, en la vida del pueblo español al mismo tiempo que contribuye al desarrollo internacional de la corriente anarquista en el mundo. Esto entraña una gran responsabilidad. Pone a prueba las capacidades del anarquismo militante en todos los terrenos.

Sepamos, como Movimiento Libertario y como militantes anarquistas, demostrar que somos dignos de la obra que nos proponemos realizar de acuerdo con nuestras fundamentales aspiraciones y teniendo presentes las realidades de la hora y las del propio pueblo español.

REFLEXIONES

La verdad es que para entender la libertad y su historia, es menester depurar todas las falacias materialistas y concebir la libertar como una necesidad y disposición espiritual y moral; y con la libertad, entender en su pureza la fuerza de la filosofía, y de la poesía y de todas las otras formas que Marx, en su grosería materialista, desconocía y befaba.

BENEDETTO CROCE

Lucrecio el teórico

MIRABA Lucrecio las legiones en marcha desaparecer entre el polvo. Pompeyo iba hacia otra nueva guerra.

Aburrido entró en su imponente mansión y se sentó para completar su dedicación a Memio. Así que aquéllo era el fin, el fin de todos los sueños y esperanzas hacia el futuro. Quien había buscado ofrecer libertad al mundo, ahora se retiraba de él. Sólo su poema quedaría: apasionada defensa del racionalismo.

Terminó de escribir y lentamente vació el filtro en la copa. Los patricios (su propia clase) contentos, lo encontrarían al día siguiente. «Era ya tiempo. ¡El demente se volvía peligroso!

Cuánto detestaba sus estériles vidas y su constante ansia de dominar a las hordas plebeyas. «Mejor es conformarse en paz, escribió, que gobernar al mundo con un poder real».

¡Cuán insignificantes eran en el infinito del universo! Era el hombre sólo un diminuto fragmento evolucionando un poco y para siempre desapareciendo al vivir un segundo de eternidad. Sólo los átomos eran permanentes, de lo que todo estaba compuesto.

Fué para estudiar los ritmos naturales y ayudado por su amigo Memio que Lucrecio empezó De Rerum Natura *(De la Naturaleza de las cosas). Diría al mundo «enfermo» la causa y la cura de sus males. «El hombre que comprenda esto, escribió, dejará sus negocios de lado y antes que nada tratará de comprender la naturaleza de las cosas». ¡La fe de un racionalista!*

¡Cuán urgente era que el hombre se conociera a sí mismo! Aquellas constantes guerras ponían un fin a la otrora potente república romana. Por todas partes había miseria. En Roma el brutal Pompeyo intrigaba con los políticos y, en las Galias, el cínico César sacrificaba a poblaciones indefensas ¡mientras escribía sus memorias! Se suponía que habría una guerra civil entre estos dos para decidir quién gobernaría al todopoderoso estado romano. El ciudadano diluído en conversaciones de «seguridad y libertad» nada tenía; habíase vuelto el instrumento del estado, quien tenía varios medios para mantenerlo ocupado y aplacar su descontento con un programa de «pan y vino» (panem et circenses).

Buen tiempo era cuando el hombre prehistórico vivía su ruda e independiente vida. «Aún no sabían trabajar las cosas con el fuego sin emplear pieles para abrigarse: pero habitaban en los bosques, selvas y cavernas montañosas, escondiendo sus robustos cuerpos en las oscuridades selváticas. No miraban el bien masivo, pues desconocían el gobernarse por la costumbre y la ley».

Al menos una cosa era cierta en aquellos primitivos tiempos. «...Ningún día enviaban a la destrucción a miles de hombres en los campos de batalla; ni barcos ni marinos se estrellaban contra la costa por las turbulentas aguas del mar... En aquellos días morían muchos desvanecidos por falta de alimento y ahora hay abundancia».

Entonces vino la civilización. «Cuando consiguieron cabañas, pieles y fuego, y las leyes del himeneo fueron conocidas, percibiendo una nueva primavera en ellos, entonces la raza humana creció enclenque».

¡Y así vino el miedo, la lucha entre todos. En la defensa propia formaban, sin embargo, una masa social.

del contrato social

«Los vecinos empezaron con avidez a apoyarse para evitar el daño, el sufrimiento y la violencia, pidiendo protección para sus niños y mujeres, significando por la voz y con el gesto de la lengua que era justo apiadarse del débil... Una buena parte, casi la mayoría se mantuvo incontaminada, pues de lo contrario la raza entera hubiese sido enteramente destruída».

Y así se originó la sociedad. No se tenía la intención de subyugar la unidad al todo, sino más bien de formar una coalición para proteger los derechos individuales.

Pero al querer saber Memio cómo se originó el estado Lucrecio respondió: «Empezaron los reyes a fundar ciudades y ciudadelas que para ellos significaban un baluarte y un refugio, parcelando rebaños y campos a cada hombre por su belleza, vigor o ánimo». Así el libre campesino de la Roma de antaño fué absorbido por los latifundia, los grandes dominios, y la miseria y las guerras cayeron sobre el país.

«Rodeados ahora en sus torres podrían vivir su vida mientras todo el país estaba parcelado y marcado; el mar parecía alegre con las volantes velas de los bajeles, nuevos tratados se firmaban y habían auxiliares y aliados... Por lo tanto, la raza humana devino para siempre estéril y vana, malgastada su vida con sus perezosos cuidados, porque, estemos seguros, no se aprendió cuáles eran los límites de la posesión y cuanto puede aumentar el placer. Así, poco a poco, avanzó la vida a un «alto plano», surgiendo de las más bajas profundidades al terrible oleaje de las guerras».

Sólo con un retorno a la individualidad humana podría abolirse al estado, lo que podría hacerse en estos dos aspectos.

Primero, comprendiendo los ritmos naturales, deshechando la rigidez del dogma. «Enseño sobre grandes cosas y me apresuro a liberar la mente del velo religioso... Se inclinan al padecimiento terreno, por su ignorancia de las verdaderas causas, viéndose obligados a ligar las cosas en la ordenanza de los dioses».

Segundo, hay que buscar al placer, sola medida de los deseos humanos. Todo placer es naturalmente simple. Los excesos no son placenteros. «¡Miserables mentes humanas y corazones ciegos! ¡En qué oscuridad de vida y en qué peligros pasais este corto lapso de vida! Pensar que no podéis ver que la naturaleza grita por todos sus poros para que el sufrimiento sea desterrado del cuerpo, y que alejados del miedo y del terror ¡se goce mentalmente el sentido del placer!»

Amargamente miró Lucrecio hacia afuera. ¿Qué contenían sus palabras al considerársele loco y a los otros sanos?

Vió la imagen de la Roma venidera: a un todopoderoso imperio, destructor de todas las libertades, aunque enviase expediciones militares para proteger la «democracia» en el mundo; finalmente su ocaso y muerte. Su poema recalcaba sombríamente la desaparición de aquella civilización.

Entonces ¿para qué vivir? «No es en verdad prolongando la vida que añadiremos algo substrayendo al tiempo de morir, ni restándole un poco estaremos menos muertos».

Y sonriendo, Lucrecio se acercó la copa a los labios.

JACK SCHWARTZMAN
(Trad. V. Muñoz.)

REFLEXIONES

Los sofismas no pueden embotar el espíritu de recíproca ayuda de los hombres, porque este sentimiento se ha desarrollado en el transcurso de millares de años de existencia social consciente que cuenta la humanidad, y de los centenares de miles de existencia social prehistórica.

KROPOTKIN

Vida de CENIT

Un republicano	1 —
Antonio Valentin	3 80
A. Gainzarain, Jegun	3 —
Mixe Mateo, Allen Park, Mich. USA.	121 25
Local 52 de SIA (USA)	37 —
A. Fernández, Sonora, USA	16 —
Amigos prensa, Canton Ohio	60 —
Melich, Castres (Tarn)	10 —
F. L., La Rochelle	25 50
Domingo, de Tours	5 —
F. L. de Riom (P. de D.) (S. Lista):	
Juan Rueda	5 —
José Casas	5 —
Juan Campos	5 —
Juan Alarcon	5 —
Ramón	5 —
F. Ridao, Vacarville, USA. .	50 —
Núcleo de Venezuela	167 75
F. L. de Niza (A. Marítimos)	117 —
F. L. de Cherbourg	25 —
Ygriaz, de Tarbes	5 —
J. Pons, de Melun	10 —
C. de Relaciones en Maroc	246 50
Muñoz, de Montluçon	3 —
A. Varas, de Saulce	4 50
F. L., de Agen	47 40
G. Cándido, de Montaubán	10 —
F. L., de Nimes	50 —
C. de Rel. Zona Norte	65 —
F. L., Ganges (omisión)	1 60
F. L. de Maureilhan	77 —
F. L. de Montauban	14 —
C. de Rel. en Marruecos ..	190 —
F. L. de Meyreuil	51 —
F. L. de Marsella	18 —
F. L. de Riom	25 —
Guerrero, Choisy-le-Roi	2 90
Total	1.488 30

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Sobre poesía y otras cosas

Y es que en este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira,
Todo es según el color
Del cristal con qué se mira.
CAMPOAMOR

•

Bien sé que hay buena y mala poesía. También hay buena y mala prosa. En todas las disciplinas intelectuales, en todas las creaciones del espíritu, existen valores auténticos, y falsos valores. Mucha gente escribe sobre sociología, que nada realmente interesante, original o propio expone. ¿Habremos de abominar a la sociología? Muchos son los que escriben para defender o propagar el anarquismo que han dicho o dicen al respecto las peores barrabasadas. ¿Habremos de rechazar al anarquismo? Yo puedo coger una cacerola, golpearla con un palo, y pretender que hago música. ¿Será motivo para que, sensatamente, quien me oiga condene las sinfonías de Beethoven, las fugas de Bach o la muerte de Isolda?

No basta superponer dos frases de doce sílabas cada una y terminando con idénticas sílabas para hacer poesía. Si yo escribo:

Al llegar a casa me comí un huevo,
por esto estrené un tenedor nuevo,

he ofendido a las musas. No confundamos versificación con poesía.

En el arte de rimar, que debe ser adorno, técnica embellecedora de la expresión poética, muchos dan gato por liebre haciéndose pasar versificación por inspiración. Pero la inspiración no tiene la culpa, ni los poetas de que haya poetastros, ni Kropotkin, ni Bakunin, de que cualquier atrevido proclame que la anarquía es la vida social sin método, sin orden, sin acuerdos que deban cumplirse.

La poesía existe en todas partes, en prosa y en verso, sin prosa y sin verso incluso. Hay poesía en la risa de un niño, en el beso de una novia, en la hermosura de una mujer, en la aurora y en la puesta de sol, en una cima nevada y en montes ásperos, en un vuelo de ave, en la lucha de los hombres para la lucha por la libertad. ¡Y en cuantas cosas más! La poesía es belleza y expresión de belleza, material o moral, sentimental y física.

Si tantos hombres, si tantas mujeres aman la poesía, es porque hay en ellos inclinación hacia esa belleza, porque existe en ellos una delicadeza de alma, un refinamiento humano o un esfuerzo hacia este refinamiento que les enaltece.

El pueblo español es al respecto un ejemplo. El pueblo campesino sobre todo. Toda la sabiduría popular expresada está en el Refranero, expresada en versos, siempre. ¿Por qué? Porque los versos añaden belleza a la expresión del pensamiento. Y los del refranero nunca son vulgares:

Genio y figura
Hasta la sepultura.
A Dios rogando
Y con el mazo dando.

Claro, esto no es poesía pura, como lo son los poemas de Juan Ramón Jiménez. Son preceptos expresados en versos, condensación de experiencia y meditación, pero donde lo más noble, lo más puro, lo que ha conservado su pristina pureza, se expresa. No carece de significado el que en casi todos los idiomas, la literatura haya empezado en verso, nada carentes de poesía, o por lo menos repletos de gracia.

Ni que a medida que la civilización de hierro, que mecaniza el alma de los hombres, la civilización mercantil, que la anula, el amor a la poesía vaya desapareciendo. Fijémonos en cualquier festival nuestro, cuando un rapsoda, una declamadora, dicen poesías hermosas, y veremos el alma de la mayor parte de los espectadores asomar a sus ojos. Pero serán sobre todo los campesinos de las regiones españolas donde más sentido humano, de sociabilidad, de bondad, de hospitalidad se ha conservado.

La poesía popular española no se expresa solamente en el Refranero. Se expresa en coplas, jotas, cantos regionales de todas clases. Pensamiento, donaire, amor, gracia, ironía, belleza pura, todo se encuentra en ella. Y la mayor parte de las veces, con una síntesis, un donaire, una profundidad, admirables dentro de la brevedad. No puede expresarse con mayor brevedad, exactitud y finura, la psicología honda de dos tipos fundamentales de mujeres de lo que lo hacen los siguientes versos :

Si no me quieres, te mato,
Dicen unos ojos negros,
Y dicen unos azules:
Si no me quieres, me muero.

Esas coplas, esos cantos, han brotado a millares y millares del corazón, del alma, de los labios de los campesinos españoles. Y no son los campesinos franceses, hoscos, individualistas y duros la mayor parte de las veces, que se conmoverán ante una poesía.

Esto dicho, sin pasar la mano por el lomo a los españoles. Que bien se sabe la franqueza, a veces poco diplomática con que acostumbro expresarme.

De acuerdo con que mejor es escuchar la música sin palabras. La música es más que la poesía, y la poesía, cuanto más musical, más bella es. Tampoco a mí me gustan las historias verbales que se mezclan a la música, y demasiadas veces la profanan. No sé quien ha dicho que todas las artes se elevan a la música, se resuelven en música. Pero esto no invalida lo que de bello hay en un poema de Rosalía de Castro, de Maragall, de Chamizo, de Gabriel y Galán.

No sólo hay rimadores que creen ser poetas porque escriben cencerro debajo de becerro, pero incluso hombres de talento, escritores afamados han sido buenos versificadores y malos poetas. Verbigracia. Voltaire tan admirable en prosa, que escribió tantos poemas, y tragedias, donde falta la música del alma y la presencia, la enjundia de los sentimientos. Pero cuando apostrofa, lo hace magníficamente. Y cuando satiriza, también. Pruébalo este epigrama contra un literato y gramático de su época al que atacó tal vez un poco excesivamente:

Un jour, au détour d'un vallon
Un serpent mordit Jean Fréron.
Que pensez-vous qu'il arriva?
Ce fut le serpent qui creva.

No hay aquí poesía verdadera. Pero se vuelve a encontrar la síntesis y la gracia que tantas veces se advierte en la prosa versificada. Pero para que ésta tenga un valor, es preciso que lo tengan los autores.

Otro ejemplo de falsa poesía, es Campoamor, que fué más un filósofo versificador, muy talentoso, que un poeta. El famoso Tren Expreso me parece una letanía más aburrida que un viaje en un tren carreta. Pero estos cinco versos de Espronceda:

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son;
Las ilusiones perdidas,
¡Ay!, son hojas desprendidas
Del árbol del corazón,

son un monumento de análisis sicológico, de belleza imaginativa y de expresión de dolor.

Puede decírseme que este tono plañidero del romanticismo es ridículo. Pero se encuentra lo mismo en verso que en prosa, y la música de Chopin es en su mayor parte nostálgica y melancólica, como lo es mucha música de Beethoven. La expresión del dolor, en todas sus formas, ha inspirado e inspirará siempre a los artistas. Y conste que no soy de los que cantan el dolor: demasiado lo

DE ACTUALIDAD

EL HABLADOR

LOS habladores son unos tiranos odiosísimos de los corrillos. En mi opinión, que concede cierta especie limitada de racionalidad a los más brutos, el hablar es un bien aún más primitivo del hombre que el discurrir. El que quiere ser oído, y no escuchar a nadie, usurpa a los demás el uso de una prerrogativa propia de su ser. ¿Qué fruto sacará, pues, de su torrente de palabras? No más que enfadar a los circunstantes; los cuales después se desquitan de lo que callaron, hablando con irrisión y desprecio de él. No hay tiempo más perdido que el que se consume en oír habladores. Esta es una gente que carece de reflexión; pues, a tenerla, se contendrían por no hacerse contentibles. Si carecen de reflexión, luego también de juicio. Y quien carece d ejuicio ¿cómo puede jamás hablar con acierto, ni qué provecho resultará a los oyentes de lo que habla un desatinado, exceptuando el ejercicio de la paciencia? Así, a todos los habladores se puede aplicar lo que Teócrito decía de la verbosa afluencia de Anaxímedes: que en ella contemplaba un caudaloso río de palabras, y una gota sola de entendimiento.

Los flujos de lengua son unos porfiados vómitos del alma; erupciones de un espíritu mal complexionado, que arroja, antes de digerirlas, las especies que recibe. Suenan a valentía en explicarse, siendo en realidad falta de fuerza para contenerse. Yo capitularía esta dolencia, dándole el nombre de relajación de la facultad racional. Otro dirá acaso que no es eso, sino que las especies se vierten porque no caben, a causa de su corta capacidad en el vaso destinado para su depósito.

Nadie se fíe en que a los principios es oído con gusto. Este es un aire favorable para soltar las velas de la locuacidad. Aire favorable, sí; pero, por lo común, de poca duración. La conversación es pasto del alma; pero el alma tiene el gusto, o tan vario, o tan delicado, o tan fastidioso como el cuerpo. El manjar más noble, muy continuado le da saciedad y tedio. Así, el mismo que por un rato gana con su locuela la captación de los oyentes, si se alarga mucho incurre en su displicencia y aun pierde su atención. Las estrellas que se deben observar para engolfarse mucho o poco en los asuntos de conversación, permitir las velas a viento, o recogerlas, son los ojos de los circunstantes. Su halagüeña serenidad o ceñuda turbación avisarán de la indemnidad o riesgo que hay en alargar un poco más el curso.

Mas aun esta observación es engañosa en las personas de especial autoridad. Los dependientes, no sólo adulan con la lengua, sino también con los ojos. ¿Qué digo con los ojos? Con todos los miembros mienten, porque de todos se sirven para explicar con ciertos movimientos plausivos, con ciertos ademanes misteriosos, la complacencia y admiración con que escuchan al poderoso, de quien pende en algo su fortuna. A éste, entretanto, se le cae la baba y la verba. Vierte en el corrillo cuanto se le ocurre bueno o malo, persuadido de que ni Apolo ni Delfos fué oído con atención más respetuosa. ¡Ay miserable y qué engañado vive! A todos cansa, a todos enfada, y lo peor es que todos, a vueltas de espaldas se recobran de aquel casi forzado tributo de adulación con alternadas irrisiones de su necedad. Créanme los poderosos que esto pasa así, y créanme también que el poder al que es necio le hace más necio; al que discreto, si no lo es en supremo grado, le quita mucho de lo que tiene de entendido.

FEIJOO (muerto en 1760)

conozco para saber que no es recomendable.

En el fondo, cuando se reacciona contra la mala poesía, contra el snobismo que en ella se encuentra, contra el fingimiento de amor a la poesía que se advierte a veces en ciertos hombres, y en ciertas mujeres que parecen pasmarse ante los malos versos, y no son capaces de mirar una rosa ni amar a un niño, estoy de acuerdo. Pero no es culpa de la poesía.

Incluso creo que ya es algo fingir que se ama la poesía. Ya es esforzarse, o tener el pudor de no ostentar insensibilidad ante la belleza. Es un pequeño paso. A veces, los otros vienen después.

Para terminar, voy a contar una anécdota que probará, según creo, que incluso cuando no son poesía pura los versos tienen superioridad sobre la prosa si el autor tiene talento.

Cuando Bretón de los Herreros vivía en Madrid, tenía por vecino a un médico llamado Mata. El poeta recibía muchos visitantes, que muy a menudo se equivocaban de puerta, y molestaban al galeno, doblemente furioso al ver que los que llamaban «no eran clientes».

Furioso de tanto molestarse, el hombre colgó en su puerta un cartelito en el que escribió los versos siguientes:

En aquesta habitación
No vive ningún Bretón.

Salió de su casa el poeta, y vió el letrero. Ni corto ni perezoso, escribió enseguida y colgó otro que decía:

Existe en esta ciudad
Cierto médico-poeta,
Que al pie de cada receta
Pone « Mata »... ¡y es verdad!

Tal es la diferencia no sólo entre buenos y malos poetas, sino entre buenos y malos versos.

Gastón LEVAL

Sobre nuestra neutralidad diplomática

ES corriente encajar amonestaciones concebidas de esta guisa: Ustedes, los españoles desterrados, no fueron vencidos en 1939 sino en 1914 y aun antes. Hay una evolución política de los tiempos que no perdona al rezagado. La política exterior de ustedes, su diplomacia neutralista, les ha perdido. Hubo siempre en Europa occidental, sobrepuesto a los egoismos nacionales, un espíritu de equipo o una realización de bloque. Ustedes, los españoles, dieron siempre la espalda a Europa sin que se pueda decir que tiran verdaderamente al Africa. Y, sin embargo, no pueden zafarse de esta suprema realidad que comprendieron, sin embargo, sus hermanos portugueses: la geografía les situó en Occidente, en el más extremo Occidente. Forman parte del grupo de intereses que encabezan Inglaterra y Francia, están atados a su política, y por un Gibraltar más o menos, o por una pica más o menos en el Mogreb, no debieran haber quedado al margen de esta Santa Alianza. En 1914, su neutralidad ante el conflicto les abrió un paraiso. Pero vean cuán transitorio. Su oportunismo les permitió sanear su tesoro público y privado. El comercio exterior de España aumentó de un millón de millones, y las reservas en oro del Banco de España subieron de poco más de quinientos millones a más de dos mil millones. Y, sin embargo, en 1936, todas estas reservas se les fueron barranco abajo, por el que va de Cartagena a Odesa. La No Intervención de sus antiguos agraviados hizo posible esa justicia inmanente. En una palabra, su política de neutralidad tradicional les ha sido funesta. Contemplaron como espectadores la primera guerra mundial, y más que cruzarse de brazos explotaron como vulgares mercaderes a los que se desangraban, también por ustedes. En 1931 tuvieron gran oportunidad de rehacer el entuerto, y lejos de enmendarlo persistieron sosteniéndolo en la nueva carta constitucional. Y en 1936, las potencias que ustedes habían abandonado a su suerte en un momento crítico para la historia de la Humanidad les devolvieron la oración por pasiva. La No Intervención no significa otra cosa. Y la No Intervención les hundió y continúa hundiéndoles. O peor, les hundió a ustedes su extrañamiento en Europa, su provincianismo, su espíritu solariego ,su orgullo, su soberbia de hidalgo pobre, roto y hambriento.

HE aquí, pues, una teorética muy extendida. Los españoles sin tierra estaríamos purgando, más que una deuda de guerra, el desacato a las leyes de la Historia. Las duras capitulaciones del vencedor en la guerra civil serían un pálido reflejo de otras capitulaciones más hondas, más ceñidas a las constantes de la evolución de los negocios públicos internacionales. El mundo moderno, al parecer, tiende, por leyes íntimas de fácil detectación, a rebasar los moldes estancos afincados por los primeros balbuceos del nacionalismo. Este nacionalismo, por lo que se refiere a su atrincheramiento en los fortines y aduanas fronterizos, habría resuelto su papeleta supranacionalista de acuerdo con un realismo amargo y trabajoso, pero de eclosión benéfica.

Este sutil argumento sobre el pecado original de la España sin tierra se amplía a la actitud oficial de nuestros gobiernos en épacas más o menos remotas. A saber: España provocó de cierta manera el primer estallido europeo serio de la serie de estallidos todavía sin solución de continuidad. Se refieren al conflicto franco-prusiano de 1870. Y España (la guerra civil española) habría precipitado el de 1939. En cuanto al de 1914 existe la consideración peregrina de que habiendo quedado voluntariamente al margen de las verdes, nos atuvimos a las maduras.

NUESTRO ventajismo ha sido muy particularmente explotado en conexión con la «unión sagrada» planteada en 1914-18. Se nos sigue reprochando que entonces, mientras los adalides de la «civilización occidental» andaban a dentelladas contra el «bárbaro teutónico» nosotros sentamos plaza en el lucrativo cuerpo de Intendencia. Fuimos, pues, «croquemorts» de aquella gran carnicería. Nuestra neutralidad se habría sustanciado en un comodín lucrativo.

En 1931 cayó aparatosamente el símbolo de aquella política de introversión oportunista. España se proclamó República y estrenó una constitución flamante que rompía pomposamente con la guerra como instrumento de política internacional. Y con el pecado de 1931, esta vez imperdonable, llevamos la penitencia de la desasistencia internacional y ésta el justo pago a nuestro oportunismo diplomático en achaques de alianzas secretas.

Pero veamos más de cerca todo esto. Considerar a España (la de Prim) como «pressebouton» de la guerra francoprusiana resulta tan aventurado como echar a cuestas del magnicidio de Sarajevo la primera explosión mundial. Con o sin el estropicio inconsciente del conde de Reus, con o sin el magnicidio de Sarajevo, las explosiones que se les remiten se hubiesen producido inevitablemente. La atmósfera estaba cargada de electricidad y se pedía a gritos el chispazo, cualquier clase de chispazo, como agua de mayo.

Por todo lo que llevamos de siglo, por no remontarnas más atrás es patente el cambio de norte de la intelectualidad española digna de este nombre. Y no pocos

ESTO

«El liberal español unía al defecto común a todos los liberales del mundo, a saber una ceguera de colores, que sólo le permitía ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo, la vieja tradición anticlerical, que, como tantas veces se ha dicho, era más que un sentimiento, un tópico; pero capaz de todas las concesiones y debilidades. El liberal anticlerical era frecuentemente en su vida privada perfectamente ortodoxo. Una vez hice yo una estadística de los hombres que llevaban al cuello medallas religiosas (a favor de la indiscreción que es posible en una consulta médica) y comprobé que los portadores de medallas eran en su mayoría hombres afiliados a partidos burgueses de la izquierda. Publiqué estos datos en una re-

y otras garambainas

hombres públicos, espuma de nuestra grave crisis imperial, se han pronunciado por la panacea de la europeización. Nuestros próceres liberales del siglo pasado, el ariete de Graus en primer término, predicaron con ciencia y paciencia de carmelitas descalzos, el dogma de la europeización.

PERO por supuesto no es la europeización lisa y llana lo que se nos echa de menos. Pues bien, ante la primera guerra mundial, quienes podían decidir en España desde el gobierno, desde el Parlamento, desde los partidos, desde la tribuna y desde los institutos armados (y desde Palacio) de nuestra intervención o de nuestra neutralidad, se neutralizaron. Y se neutralizaron más bien como belicosos que como pacifistas. Lo eran, bien entendido, por sus simpatías respectivas por uno de los dos campos. Los liberales, una pequeña parte del clero y una minoría de los cuadros subalternos del ejército eran francófilos «enragés»; eran germanófilos a machamartillo los conservadores, el alto clero y el grueso del ejército, muy especialmente los altos mandos. El resultado de este equilibrio de fuerzas fué nuestra neutralidad. Hemos hecho resaltar la actitud germanófila de la inmensa mayoría de los componentes de nuestro ejército porque habría mucho que hablar si la neutralidad de España lesionó los intereses militares del bando triunfante o la benefició. Y habría que hablar sobre si nuestro rango de intendentes del Alto Mando aliado no fué lo que éste deseaba precisamente. Según la opinión de un publicista aliadófilo y hasta intervencionista (Amadeo Hurtado) España fué neutral mitad por lo que queda escrito más arriba y mitad porque Francia e Inglaterra preferían una España neutral que trabajase para sus ejércitos. «España — dice — es una fuente de materias primas que produce de todo un poco menos petróleo y caucho. Por otra parte la intervención de España en la guerra planteaba sus históricas reivindicaciones de Marruecos y Gibraltar...»

Lo que valió para el conflicto de 1914 sigue en pie para con lo sucesivo. Nuestra segunda República declaró constitucionalmente su neutralidad tal vez por haber auscultado las palpitaciones populares entonces mucho más vivaces que tres lustros antes. Pero subsiste el valor del argumento del ejército. Esta vez sin lugar a especulaciones como veríase muy pronto a través de su pronunciamiento.

EN suma, que los historiadores tendrán que buscar por otros derroteros menos enigmáticos las verdaderas causas de la neutralidad democrática de 1936 con respecto a España. Porque si su neutralidad fué la revancha sobre la nuestra, habría que convenir que tal actitud adolece de consecuencia lógica con respecto, ya no a la neutralidad, sino a la beligerancia adversa apenas solapada del equipo del general Franco. En 1943 el más poderoso de los Estados Norteamericanos y líder de la Santa Alianza occidental, compraba a este general una neutralidad que no lo había sido nunca. Franco no ha dejado de ser la representación del ejército tradicionalmente belicoso y germanófilo. No sabemos que se haya intentado comprar la neutralidad de la España hoy desterrada, que en resumidas cuentas tampoco fué neutralidad sino la más épica, colosal y propicia beligerancia, en los campos de batalla propios durante 33 largos meses, en la resistencia «maquí» contra los invasores de Occidente, en las filas de los ejércitos de la liberación, en el infierno de la deportación y de los campos de exterminio. Puestas a precio, o como quiera llamárse, dos neutralidades que no lo habían sido nunca: la nuestra por fidelidad, por camaradería de armas y de sufrimientos; la del consabido equipo por aversión y perfidia (intervino en cuerpo y alma durante la pasada guerra del otro lado de la barricada), los maquiñones desdeñan la nuestra, nos censuran y nos repudian, y échanse en brazos del villano, del traidor, del hombre malo de la comedia.

No fuimos neutrales, fuimos aliados mal que pese, y a la hora de la verdad se nos dejó en la estacada. Todos los cubileteos y artificios de lenguaje son recursos logísticos «après coup». Con alianzas secretas también habríamos sido abandonados. Nuestro neutralismo constitucional no pinta aquí nada. Dejen, pues, de mesarse los cabellos quienes lamentan nuestra supuesta imprevisión diplomática de 1931 y aquéllos que se proponen enmendarla en un azaroso e incierto futuro. Los legisladores de mañana, los negociadores diplomáticos, podrán hacer en el futuro cuantas concesiones les dicte su europeísmo, su realismo o su maquiavelismo. Podrán estampar sus rúbricas en sendos documentos secretos, al pie de solemnes compromisos. Todo esto podrán realizarlo nuestros hombres públicos. Lo que no podrán evitar es que el diablo meta el rabo en ocasión de cualquier conflicto. Y menos podrán evitar que este diablo, el pueblo, acuñe los hechos con su sello revolucionario. A partir de entonces, si no somos capaces de salir del atolladero por nuestros medios, solos y tal vez contra los demás, de nada han de servirnos garambainas parrafeadas, rubricadas y selladas.

Porque ésta fué entonces la madre del cordero.

JOSE PEIRATS

DIJO...

vista francesa y creyendo que era una errata, pusieron «derecha» donde debía decir, en efecto «izquierda». Pero estos mismos izquierdistas de la medalla se hubieran avergonzado de no considerar en público la quema de conventos como un suceso conveniente a la salud pública. La opinión fué injusta atribuyendo particularmente a algunos hombres la responsabilidad de aquella catástrofe, precursora de tantas otras. La responsabilidad fué del liberal español, que no supo darse cuenta de la gravedad y de la significación radicalmente antiliberal de lo ocurrido, a la vez que contribuía a su impunidad se desprendía lastimosamente de la autoridad política que le quedaba.»

... Gregorio Marañón

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Ideas sobre educación

IV

LA mayor laguna en las ideas sobre educación en la Edad Media parece hallarse en el siglo seis, pues si bien en ceirtos puntos de Europa se encuentran algunos focos de cultura, éstos son aislados y oscurecidos por las sombras del gran desorden que reinaba en los demás pueblos. Pero a partir de este siglo se empieza a notar una lenta resurrección en el espíritu educativo, y aunque parezca sorprendente, apoyado por hombres que estaban lejos de ser los más llamados a librar batalla en esta lid, pues se trataba de algunos reyes. Esta actitud de unos cuantos monarcas en una época donde la ignorancia reinaba señora, puede atribuirse a la influencia lejana de las tradiciones imperiales romanas. Como hemos dicho antes muchos gobernantes romanos pusieron gran interés en la educación y en las escuelas, e incluso algunos de los reyes «bárbaros» que sucedieron, siguieron la tradición de ayudar y proteger la instrucción.

La dinastía carlovingia que sucede a este período prosigue con interés marcado y como cosa propia este despertar de las ansias del saber, apoyando reformas de todas clases y ayudando a las misiones de sabios llegadas de diferentes partes del mundo. La figura más sobresaliente de esta dinastía por lo que respecta a las ideas de educación y organización de éstas, fué Carlomagno. Este monarca fué digno de vivir en los grandes momentos en que Europa empezaba a moverse empujada por la germinación de ideas que habían permanecido enterradas por largo tiempo, pues no solamente acogió con amor el desarrollo de éstas, sino que hizo bastante para que hallaran terreno abonado donde expansionarse.

Carlomagno subió al trono cuando las fuerzas de que hablamos se hallaban en progreso, en 768, pero él supo no sólo seguirlas sino darle más fuerte impulso y al mismo tiempo encauzarlas hacia los puntos álgidos que habían de mover y producir la explosión que esparciera la idea de educación por todo el imperio. Los biógrafos de Carlomagno lo retratan como a un gran hombre, de carácter atractivo, alto, fuerte, robusto y bien proporcionado, que él mismo en reposo como en movimiento llevaba a todas partes el sentido de autoridad y dignidad. Fué grande como jefe, como gobernante y como constructor; pero ante todo fué hijo fiel de la Iglesia, dicen, aunque su vida personal no siempre estuviera en consonancia con los ideales de aquélla. Como hombre de Estado comprendió bien la fuerza de las opiniones de su pueblo, de la moral, de la educación, y aunque él, emperador, nunca aprendiera a escribir, fué siempre un gran estandarte de los ideales de la educación y un gran liberal patrocinador del arte.

En su corte reunió hombres de gran talento traídos de todas partes, de dentro y fuera del imperio, quienes les sirvieron de consejeros y ejecutores de los planes que se iba forjando con las ideas que recogía. En Roma pudo ver y apreciar los restos del arte antiguo y estimuló sus ansias de emular la civilización antigua, por lo que a su regreso de Italia su ejército arrastró, a través de los Alpes, todas las obras de arte que encontró en su paso incluyendo en éstas, estatuas, columnas, mosaicos, etcétera. Esto le llevó a la empresa de construir, a imitación de Roma y otras ciudades italianas, edificios públicos, palacios, iglesias, valiéndose al mismo itempo de la ayuda de profesores y arquitectos italianos. Por lo que respecta a la educación, el emperador convirtió su palacio en una escuela, a la cual acudían príncipes, princesas, hijos de grandes y él mismo, Carlomagno, cuando tenía tiempo libre también asistía como un simple alumno. Considerando que el imperio se extendía desde el Ebro al Elba, ocupando lo que es Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, gran parte de Italia y Checoeslovaquia, y teniendo en cuenta también las funciones de un monarca de esos tiempos, pocos serían los ratos de asistencia a clases.

Volviendo a la Iglesia y al estado de educación en que ésta se hallaba, los esfuerzos que Carlomagno hizo por levantar al clero de la abyección y estado de ignorancia en que se encontraba, nos pueden dar una idea de los progresos realizados por esa sagrada institución en el plan cultural durante un período de ochocientos años En el primer edicto que lanza a los abispos y cabezas principales de los monasterios, después de argumentar sobre la reinante falta de instrucción que se descubre en las cartas tan mal escritas que llegan de los monasterios, el monarca insta al clero a que se instruya para poder dedicarse al estudio por el amor a la comprensión de la Santa Escritura. «Os exhorto, les decía, no solamente a que no olvidéis el estudio de la gramática, sino a que os apliquéis a ella con perseverancia y humildad para que podáis más fácilmente y de una forma más expedita penetrar en los misterios de la Biblia. Pues siendo que ésta contiene un sentido figurado de las palabras, no cabe duda de que cuanto más instruído sea el lector mejor llegará al verdadero sentido de las mismas. Por tanto, escójanse para esta labor a hombres capaces y deseosos de aprender y al mismo tiempo que estén dispuestos a enseñar a los demás.» Este fué seguido de otros en parecidos términos. En uno dirigido a los monjes dos años más tarde se les ordenaba que cada monasterio y abadía debería tener su propia escuela donde los niños deberían aprender canto, aritmética y gramática. En otro dirigido a los curas se instituía que el clero estaría sujeto a sufrir un examen y aquéllos que dieran prueba de no estar al nivel deseado, serían depuestos.

De estas ideas y predisposición del rey se aprovecharon los hijos de seglares que no estaban destinados a la vida monástica, y, a pesar de cierta oposición, las puertas de los monasterios se abrieron para admitir en sus escuelas a niños que no vendrían a engrosar las filas sacerdotales.

Estas ideas puede le vinieran a Carlomagno ojeando

el decreto del sinodo de Vaison de 529 en el que se ordenaba a los pastores de la Iglesia a que «acogieran a todos los jóvenes en sus casas parroquiales para enseñarles a cantar y leer y los mandamientos de Dios.» Pero claro está, el español dice «que no es lo mismo predicar que dar trigo» y este decreto no pasó de ser letra muerta como lo fueron otras cosas. Fuera como fuera el emperador ordenó a los curas que abrieran escuelas en todas las aldeas y parroquias, que la enseñanza fuera gratis y que no se rechazara a nadie que viniera a ellos a buscar instrucción; imponiendo a los padres el estricto deber de «mandar a sus hijos a la escuela, bien al claustro o al cura de la parroquia para que aprendieran debidamente la fe católica y las oraciones del Señor y para que al mismo tiempo pudieran enseñar a los demás en casa.»

Asi el nuevo sistema de educación en el que la Iglesia hubo de jugar gran papel por la fuerza de las circunstancias, fué obra de Carlomagno y de sus consejeros; y como sonsecuencia al desaparecer el emperador de la escena la influencia que éste ejerció sobre las instituciones todas del Estado tenian que sufrir grandes quebrantos. Como se sabe Carlomagno gobernó por la fuerza de su propi ocarácter, por lo que después de su muerte el imperio se desintegró con rapidez bárbara; no obstante su influjo sobre la educación nunca desapareció por completo.

Esto no quiere decir que todos los resultados de progreso que vieron la luz en los últimos siglos de la Edad Media, se derivaron del periodo carolingio. Al reinado de Carlomagno siguieron siglos de invasiones, de desórdenes civiles y religiosos, de feudalismo e inestabilidad en la vida e instituciones de los pueblos. Los sucesores de Carlomagno no fueron del todo débiles; pero de ninguna manera capaces de dominar y guiar a sus pueblos como él lo habia hecho. Las invasiones escandinavas arrasaron ciudades, pueblos, monasterios y todo lo que encontraban a su paso de norte a sur y de este a oeste. En una veintena de años los escandinavos invadieron las cuencan del Rin, del Sena y del Loira y alcanzaron las costas del Mediterráneo. En muchos sitios quedaron estacionados formando reinados, en otros los invasores fueron absorbidos y asimilados por los pueblos que habian conquistado. La debilidad del gobierno central nos la muestra la importancia de las ciudades que los invasores tomaron y destruyeron y la profundidad que alcanzaron dentro del pais. Desde el momento que cada localidad tenía que improvisar su propia defensa, los intereses y autoridad locales se hacían sentir más fuertemente que la del rey. De esta forma, el sistema feudal, que la fuerte autoridad de Carlomagno había mantenido a raya, llegó a prevalecer.

Al mismo tiempo los árabes eran dueños de España y de todo el occidente del Mediterráneo incluyendo las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Los árabes saqueaban las costas de Italia y Francia y sus piratas asaltaban las expediciones italianas y controlaban los puertos más importantes. Saquearon y quemaron la iglesia de San Pedro en Roma y saquearon también el monasterio benedictino de Monte Casino. Este predominio árabe por el sur de Europa duró hasta finales del siglo once. Además de éstos, otros enemigos contribuyeron a la desmoronación del inestable imperio que mantenían los sucesores de Carlomagno. Los magiares, en el siglo nueve, empujados Danubia arriba por la presión de tribus asiáticas, se unieron a los vávaros que se habían asentado en esas regiones hacía ya largo tiempo y moviéndose hacia el oeste rompieron las defensas del imperio e invadieron las llanuras del norte de Italia y del sur de Alemania e incluso llegaron al este de Francia. Con los golpes que se le asestaban en todas direcciones y con la lucha interna que acarreaba el desarrollo feudal, el imperio de Carlomagno fué destruído y de esta forma se preparaba el terreno para el nacimiento de los estados nacionales modernos, los cuales con el tiempo, llegarían a ser de gran importancia en la historia de la educación.

No cabe duda de que con una ola de luchas internas y externas de esta naturaleza los hombres, los pueblos y las instituciones tenían que sufrir enormemente y la educación más que ninguno de ellos ya que ésta para su desarrollo requiere paz y armonía, y en tales circunstancias tenía que languidecer sin más remedio, en muchos puntos, morir por completo. Al final Europa vuelve a emerger de la dura prueba. Los invasores del norte se han asentada o han sido absorbidos por los pueblos que conquistaron; los magiares han sido rechazados; los árabes retenidos en bien marcadas líneas y atareados en sus brillantes realizaciones, no volverán a dar serias sorpresas. La prosperidad empieza a asomarse a la puerta y las ansias de dar impulso a un estado de civilización humana se asevera más que nunca.

Nos encontramos a principios del siglo once y asistimos a la muerte de un periodo de suma ignorancia y al nacimiento de otro que promete un despertar moral e intelectual formidable. Gran parte de este apreciable indicio de recuperación de Europa se debe a las reformas constitucionales y de educación de Carlomagno, las cuales llevaron a la vida europea un sentido de finalidad común. Pero la civilización del siglo once era completamente diferente a la del siglo ocho. La vida de la Europa occidental se había enriquecido directa e indirectamente a través de las prolongadas luchas que había sostenido; de un gran mal se había obtenido un gran bien. Las robustas hordas bárbaras del norte habían introducido en los pueblos que habían invadido una nueva tensión de hombría, con una mentalidad fuerte que respondia rápidamente a la influencia de la cultura. Los moros, con su fe mahometana y una cultura que le debía mucho a la filosofía y a la ciencia griegas, resistieron con éxito la absorción cristiana y obligaron al cristianismo a elevarse a un nivel intelectual más elevado en defensa de su propia fe. Incluso los magiares que tenían poco que dar en el sentido de conocimientos o inspiración, produjeron cambios de importancia en la vida social de la Eurapa central y particularmente de Italia por ser la causa de las ciudades fortificadas. Estas ciudades estaban destinadas a ser los lugares de nacimiento de la universidades.

Esto no quiere decir que las ciudades de Italia fueran las únicas en este sentido aparte de las circunstancias históricas que hemos mencionado; de hecho la formación de grandes ciudades defendibles se habían construído en todas parte y esta peculiaridad de la épaca lleva una transformación considerable en la actitud mental de Europa. Lo más sobresaliente del pensamiento y de la vida medioeval puede decirse que se debe al desarrollo de las grandes ciudades. En épocas anteriores, la empresa e iniciativa individual eran ahogadas casi por completa por la grandeza y alejamiento de las institu-

ciones bajo las cuales el hombre ordinario tenía que vivir, pues sólo aquéllos que ejercían una autoridad secular o religiosa podían decir que gozaban de una libertad real. Con el nacimiento de las grandes ciudades se cambió todo.

Dentro de las ciudades amuralladas los ciudadanos fueron creándose una independencia cada vez mayor, formando concejos para el gobierno de sus propios problemas y sociedades o hermandades para la protección y la reglamentación de sus respectivos gremios y profesiones. Estos gremios o hermandades fueron liberándose con una progresiva autonomía, pero de una forma segura, de las más pesadas restricciones que imponían sobre ellas los prohombres de la Iglesia y del Estado.

Este movimiento «popular» se hizo sentir inmediatamente en el círculo de las escuelas, y uno de los síntomas que revelan la presencia de esta fuerza en la sociedad, fué un aumento considerable en el número de éstas. Con la aglomeración constante de individuos en la atrayente atmósfera de las ciudades se produjo una formidable demanda, por lo que en un corto período relativamente, no hubo ciudad que no contara con escuela propia.

En muchos aspectos estas escuelas diferían en muy poca de las fundaciones más viejas asociadas con las catedrales y las iglesias colegiadas. En realidad, éstas estaban administradas y dirigidas por el clero y sus cursos de estudios seguían de cerca los métodos establecidos por la tradición; pero debido al hecho real de que el pueblo se tomaba gran interés en ellas y en muchas ocasiones llegaron a conseguir una parte activa en el mantenimiento y gobierno de las escuelas, llevó a ellas una atmósfera distnta a las demás. Por lo que a pesar del control clerical estas escuelas en sus características, fueron haciéndose más y más laicas, y muchas al final de la Edad Media, sacudiendo el control de la Iglesia, pasaron a ser puramente instituciones municipales.

El impacto formidable de los progresos realizados en educación en las ciudades medioevales, está reflejado mejor que en ninguna otra institución cultural, en las universidades, primeramente llamadas «estudia generalia». Estas se originaron en las grandes ciudades por razones puramente lógicas de poder acoger a miles de estudiantes que esta época salían de las escuelas con un ansia de inquirir en los fundamentos de la cultura.

Las primeras universidades se constituyeron en el siglo doce y su desarrollo lo marca el fenómeno de independencia que reinaba en las partes del mundo en que empezaban a nacer. Las primeras de éstas brotaron del sur europeo donde las libertades municipales se manifestaban con verdadero vigor. En Italia se crean con rapidez sorprende; desde el principio del siglo trece al siglo quince, se forman una veintena de ellas. En España, donde la vida municipal gozaba también de personalidad y de gran influencia sobre las monarcas, establece doce universidades en los principios del siglo trece y sigue incrementando el número de ellas en los siglos siguientes. En el sur de Francia las ciudades tomaron una parte menos activa en este movimiento; pero existían algunas escuelas antiguas, y con la influencia de otras naciones se constituyeron unas cuantas más.

El norte de Europa sufrió suerte diferente. Allí el feudalismo amordazaba las libertades y progresos se los municipios, y por tanto las universidades echaron más tiempa en desarrollarse. Así Alemania y los Países Bajos, aunque contribuían con un número considerable de estudiantes a las universidades de Bolonia y de París. no tuvieron universidades propias hasta el final del siglo catorce.

Si bien a través de los tiempos las universidades originales sacaron provechos de las experiencias mutuas y trataron de aproximarse a un tipo único, en sus comienzos se desenvolvieron en sentidos completamente independientes. Desde un principio existían diferencias marcadas entre las que se constituyeron al sur y al norte de Europa. Las de Italia y las del sur de Francia siguieron el ejemplo de la universidadde Bolonia; las del norte siguieron por regla general a la universidad de París.

La educación del norte casi en todas partes estaba en manos de la Iglesia y la mayoría de los alumnos de sus escuelas la formaban jóvenes dedicados a la vida eclesiástica. Por otro lado, en Italia, la enseñanza secular se había mantenido firme defendiendo su terreno conquistado.

De aquí que aunque en Italia hubiese escuelas controladas por completo por la Iglesia, sus cursos seguían un ritmo bien marcado de secularismo y viceversa en las del norte de Europa.

La característica que da mayor importancia a las universidades, a mi parecer, es la independencia y autoridad que adquiere la enseñanza en sus privilegios de constitución. Las cédulas de las universidades otorgaban derechos y privilegios a las instituciones y a los estudiantes. Los derechos más importantes otorgados a las universidades eran los derechos de gobernarse por sí mismas. Esto les permitía controlar a sus miembros y a su propia organización; de esta forma los estudiantes quedaban sujetos a las leyes de las universidades en vez de a la ley del país. Las universidades tenían autoridad para detener a los delincuentes, juzgarlos en el tribunal de la universidad y castigarlos a multas o encarcelamiento, y las autoridades estaban llamadas a entregar a los estudiantes a la universidad par este fin Los estudiantes se prestaban siempre a reclamar estos derechos parque frecuentemente eran extraños en la ciudad en que residía la universidad, y por tanto esperaban siempre un trato más benevolente de parte de ésta que de los tribunales municipales.

Las universidades tenían derechos también de suspender sus clases y a ir a la huelga contra la ciudad si los precios de alquiler o de los comestibles subían de una forma excesiva, o cuando los estudiantes eran molestados o como ocurría muchas veces muertos por la gente del pueblo.

Otros de los derechos de las universidades era el inalienable de examinar y licenciar a sus profesores y controlar sus propios grados; esto llevaba implícito el derecho de determinar los estudios y problemas que darían la propia calificación al estudiante para un determinado grado de estudio, una de las funciones más importantes para estas instituciones.

Las universidades preparaban a los hombres para las más diversas profesiones, estimulaban la enseñanza en todos los terrenos de los intereses y necesidades humanas y formaron a muchísimos de los primeros hombres del Renacimiento.

J. RUIZ

Ante la tumba de Machado

Organizada por el Ateneo Español de Toulouse, con la colaboración del Ateneo Hispano-Americano y de otras entidades culturales, tuvo lugar el 14 de agosto de 1960 una peregrinación a Colliure, para visitar la tumba del poeta Antonio Machado

A petición de la Junta del Ateneo de Toulouse, Fernando Valera pronunció en nombre de todos los congregados la siguiente alocución:

HERMANOS, más que compatriotas, permitidme que os llame así: hermanos en el amor a España, nuestra patria, más querida cuanto más inasequible y desventurada; hermanos en el culto a la lengua de Castilla, único florón inmarcesible de la corona de su imperio; hermanos en la devoción a los tres grandes poetas, mártires de la libertad, que en nuestro siglo las realzaron a ambas, patria y lengua: Federico García Lorca, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Esta peregrinación acaece con extraña y providencial oportunidad. Hace pocos días que en un congreso de académicos de las diversas naciones en que se habla la lengua de Cervantes, convocado en Bogotá, se aprobaba por unanimidad, a propuesta del representante del Paraguay, una declaración pidiendo que esta tumba, ante la que hoy nos inclinamos reverentes, fuese profanada y que los despojos mortales de Antonio Machado se trasladasen a un lugar de la España irredenta donde sirvieran de escabel a su verdugo. ¿Por qué no al monstruoso cenotafio del Valle de los Caídos? El INRI clavado en la Cruz del Redentor por el odio teológico de los pontífices de Sión y por el cinismo cobarde de Poncio Pilatos, no alcanzó tamaña cumbre de escarnio, de sarcasmo, de afrenta. Todos habíamos oído hablar de la «razón de Estado»; en su nombre se han perpetrado los más espeluznantes genocidios de la historia. De lo que no habíamos oído hablar todavía es de la «sin razón de Estado». Sin razón, ausencia de razón, es decir, locura. Tenía que ser un cónclave de académicos, sabios oficialmente titulados como tales, el que consagrara «sin razón», al solicitar que las cenizas de un hombre bueno vinieran a quemarse como incienso de holocausto, ante las aras ensangrentadas de un Moloch implacable; a tales extremos llevan los convencionalismos de la política y la diplomacia.

Para que semejante declaración haya podido ser formulada, es menester pensar que los ilustres académicos no leyeron nunca a Antonio Machado, o que no lo comprendieron, o que si le leyeron y comprendieron, expresamente quisieron ofender y mancillar su memoria.

Machado no era uno de esos versificadores palabreros, que él llamaba «aves del nuevo gay-trinar», tras cuyo vano campanilleo de alquitarados vocablos y rebuscados conceptos, se abre aquel «hueco lleno en el vacío» de que hablara Baltasar Gracián; es decir, la ausencia de condición humana. Machado era poeta, porque era hombre, y además, hombre bueno:

> «Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
> pero mi verso brota de manantial sereno;
> y más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
> soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.»

Ser un hombre bueno significa voluntad de vivir una vida, en su caso una vida poética, y no mero contentamiento de cantar una estrofa bien rimada. La vida era para él el cuño de autenticidad de su poesía:

> «¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
> mi verso, como deja el capitán su espada;
> famosa por la mano viril que la blandiera,
> no por el docto oficio del forjador preciada.»

Ser un hombre bueno que quiere hacer de su poesía, vida, y no sólo vano rumor de vocablos sonoros, ha equivalido siempre a tener la resignación o el coraje de afrontar la soledad, privilegio y ejecutoria de las almas grande, no incorporándose al rebaño humano cuando éste se precipita hacia los abismos de la violencia irracional se apacienta en las praderas de la abyecta servidumbre, por aquello que dijo nuestro gran Quevedo de que «el que sabe estar solo entre la gente, se sabe acompañar a solas». También Lope de Vega, a pesar de sus demasiados frecuentes momentos de frivolidad, había presentido la misma profunda verdad, cantando:

> «A mis soledades voy,
> de mis soledades vengo,
> porque para estar conmigo
> me bastan mis pensamientos.»

Nuestro Antonio Machado — porque es nuestro, aunque todas las Academias se conjuguen para arrebatárnoslo —, nuestro Machado, era hombre de tan altas so-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

ledades que en ellas supo descubrir que era Dios lo que cantaba en la fontana de su corazón. Y en otro lugar:

«Converso con el hombre que siempre va conmigo,
quien habla solo espera hablar con Dios un día.»

Mas, no temáis: las soledades de un hombre bueno, como lo era él, nada tienen que ver con los aislamientos egoistas de los genios deshumanizados y egocéntricos que buscan en los olimpos inaccesibles de su narcisismo intelectual, inmunizarse contra las grandes tragedias de la historia, desentenderse de la tierra en que nacieron y desvincularse del pueblo con que viven. Machado vivió su vida de poeta enraizado en el paisaje de España y sumergido en la entraña racial de su pueblo. En los días de paz y esperanza, bregó y soñó con su España, «la España de la rabia y de la idea», y por eso de sus cantos rezuma la nostalgia de su gloria pasada, la amargura de su decadencia presente, y la «esperanza del nuevo florecer de España» que, de muchacho, había vislumbrado en las enseñanzas de su maestro don Francisco Giner de los Ríos.

POETA NACIONAL, ha dicho con razón el Ateneo Español de Toulouse al tomar la feliz iniciativa de congregarnos hoy, aquí, en torno a esta tumba sagrada, para reiterar ante ella nuestro juramento de fidelidad a la España inmortal de la rabia y de la idea. El genio poético de Machado supo entresacar lo que había de eterno y entrañable en los hechos que constituyen la trama del ser y el acontecer de nuestra España: los ríos, las rocas, las crestas de los montes, los tomillos de sus parameras y la fruta de oro de sus naranjales, sus castillos roqueros desmoronados, su historia, sus leyendas, y sobre todo su pueblo; su pueblo trágico, a las veces heroico, las más desventurado; su pueblo que es el verdadero ser en quien se perpetúa una patria.

«... la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna, y labra, y siembra, y canta, y llora

Por eso, por estar tan identificado con su patria y con su pueblo, sintió y cantó como nadie la magnitud eterna del drama nacional, cuando por miedo y odio a la estirpe redentora, al pueblo,

«Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.»

¡Qué congoja infinita encierra la evocación de su Sevilla mártir, desde algún vergel acogedor de la republicana Valencia, último albergue de las libertades españolas, en los aciagos días de la guerra fratricida!:

«Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano
la fruta de oro al levantar la mano;
el puro azul darmido en la fontana.
¡mi Sevilla infantil, tan sevillana!.
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano¡
¡tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
¡No sabemos de quién va a ser mañana!»

¿No hay en este grito desgarrador una invitación no escuchada a su hermano Manuel también excelso poeta? Parque ya la siembra del odio había florecido, y sobre el haz de la patria se había desencadenado la mayor de las calamidades que pueda conocer una colectividad humana: el maridaje de la traición y el fratricidio:

«Trazó una odiosa mano, España mía,
— ancha lira, hacia el mar, entre dos mares —
zonas de guerra, crestas militares,
en llano, loma, alcor y serranía.
Manes del odio y de la cobardía
cortan la leña de tus encinares,
pisan la baya de oro en tus lagares,
muelen el grano que tu suelo cría.
Otra vez — ¡otra vez! —, oh, triste España,
cuanto se anega en viento y mar se baña,
juguete de traición, cuanto se encierra
cuanto acrisola el seno de la tierra
se ofrece a la ambición, ¡todo vendido!»

No sé si los académicos congregados en Bogotá se han parado a sentir los tres sonetos terribles, cuya perfección marmórea puede sólo parangonarse con los momentos más sublimes de Góngora y de Quevedo; porque en ello sestá cincelado en bronce eterno el testamento literario y patriótico de Machado, y escrita para la inmortalidad la cláusula imprescriptible sin cuyo cumplimiento será profanación sacrílega de su tumba y agravio imperecedero a su memoria cualquier intento de trasladar prematuramente sus despojos mortales a la España mártir, todavía irredenta. De cómo esta España defendió su honra ante la traición interna y la invasión del extranjero, da idea el primero de los cuartetos de la compasición a que hago referencia:

«Mas tú, varona fuerte, madre santa,
sientes tuya la tierra en que se muere,
en ella afincas la desnuda planta,
y a tu Señor replicas: ¡MISERERE!»

Y ahora habla España, la madre santa, la España de Machado. Habla a su Dios y le dice:

«¿A dónde irá el felón con su falsía?
¿En qué rincón se esconderá, sombrío?
Ten piedad del traidor. Parile un día,
se engendró en el amor, es hijo mío.
Hijo tuyo es también, Dios de bondades.
Cúrale con amargas soledades.
Haz que su infamia su castigo sea.
Que trepe a un alto pino en la alta cima,
y, en él ahorcado, que su crimen vea,
y el horror de su crimen lo redima.»

No, todavía no se ha producido la restitución de España a sí misma. El traidor, hijo al cabo de ella y de Dios, como todos los españoles, querámoslo o no, buenos o malos, no ha sufrido todavía la purificación redentora de las amargas soledades, antes bien le acompaña la multitudinaria adulación servil de una humanidad abyecta y envilecida, regida por mercaderes y verdugos; todavía, la conciencia de su infamia no ha sido el solo castigo a la medida de su crimen; todavía no ha trepado al alto pino en la cima enhiesta, ni ha intentado ahorcarse en él, para buscar, como Judas, castigándose a sí mismo, la expiación de su inmenso patricidio.

Hasta tanto, dejad ¡oh, mandarines e intelectuales del occidente! que las cenizas del poeta reposen en paz

Superpoblación mundial y limitación eficiente

DURANTE la centuria pasada, el problema de la superpoblación se venia ventilando en círculos universitarios. Estudios en lo que va corriendo de nuestro siglo, le han dado una jerarquía primordial, por la amenaza de la avalancha reproductora humana.

La superpoblación mundial aumenta a pesar de todos los acontecimientos y catástrofes contrarias. Huracán que nadie detiene. Pronto superaremos, si así seguimos, a los bacalaos, ratones, moscas, seres de fecundidad asombrosa. El hombre se adapta a las condiciones favorables a su naturaleza de la tierra y crea su nuevo ambiente. El salvaje lucha contra el ambiente: el moderno crea el suyo y lo enrique, lo adapta a su vida animal y reproductiva. El hombre, en sociedad hominiza la tierra.

Ni las pestes de la Edad Media, ni las guerras hambrunas de los siglos XVII XIX, ni nada, han podido detener el aumento vegetativo de las sociedades humanas recién hoy lo considera el fenómeno con libertad e inteligencia.

El crecimiento de la población mundial es uno de los más brillantes problemas estelares de la constelación técnica que nos sumerge. Ocupó a muchos pensadores desde Raberto Malthus en el siglo XVIII hasta Fourier en el siglo XIX; el sabio autor del «Falansterio» se horripilaba al pensar que la humanidad llegaría a los 12.000 millones de habitantes en los próximos siglos. (1)

El crecimiento de la población mundial ha sido espantoso pero desigual. Desde el año 500 a. C. hasta 1 1000 de la Era actual el aumenta fué razonable; pero desde éste último al año 2000, el crecimiento es desconcertante como lo demuestra el gráfico A-B (2).

La población del mundo era en el:

Año	*Población (millones de hab.)*	*Año*	*Población*
1688	500	1896	1.493
1804	640	1910	1.610
1816	704	1930	1.992
1859	1.281	1950	2.500
1868	1.375	1960	3.000

HOYD ORR CALCULA LA POBLACION MUNDIAL ACTUAL EN 4.000 A 6.000 MILLONES

Otro famoso estadigrafo, el australiano G. H. Knubbs, en un libro sustancioso y sugestivo: «The chadow of the world's future» (La sombra del porvenir del mundo) admite que la tasa actual del crecimiento es tal

---

aquí, en esta tierra caliente y libre, que le ofreció eterno reposo, bajo este cielo azul que parece la mirada del Dios de las luces, cabe este mar de la civilización que le arrulle su sueño con el rumor d una lejana esperanza...

El llegó aquí, peregrino de la libertad, envuelto en la polvareda del éxodo más injusto que vieran los siglos pasados ni esperan ver los venideros, para compartir el destino de su pueblo al que tanto había amado, y para que, como dicen los Evangelios al relatar la Crucifixión del Cristo, se cumplieran en él los profetas y las Sagradas Escrituras. En este caso, el poeta había sido profeta de su propio martirio, y había previsto su destino, que es el destino inevitable y previsible de todo hombre bueno entre la estirpe de los Caines:

«Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornan,
me encontrarán a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.»

Día llegará en que la tierra de España haya sido purificada del patricidio que, hoy por hoy, la hace indigna de albergar los restos de su hijo predilecto. Aquél día, luminoso y sonoro, de la España fraterna y reconciliada en la libertad y la justicia, seremos nosotros los que pidamos el tránsito de sus cenizas a tierra hispana, y los que acompañemos el cortejo fúnebre de su regreso a la patria, entonando las estrofas que él mismo cincelara un día ante la tumba de su maestro:

«¿Murió?... sólo sabemos
que se nos fué por una senda clara,
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.»
«Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
Soñaba un nuevo florecer de España.»

Colliure, 14 de agosto de 1960.

(Una coincidencia, que lamentamos, y trataremos de evitar en lo sucesivo, ha hecho que este texto se publique simultáneamente en « Soli » y en CENIT).

(1) «Entre las consecuencias y aturdimiento de la política moderna nada más chocante que el olvido de reglamentar el equilibrio de la población». «Necesitase que la teoría de este nuevo orden (estado societario) facilite medios eficaces de prevenir el exceso de población, limitando el número de habitantes del globo a la justa proporción de los medios y necesidades, a 5.000 millones aproximadamente, sin peligro de verla elevarse a y2.000 millones, exhuberancia que sería inevitable bajo la organización civilizada». En «El Falansterio», págs. 173-75.

(2) En «Triángulo», vol. II, núm. 1, mayo 1955, página 11.

que la población del mundo se duplica cada 80,54 años y establece las siguientes cifras:

Años	*Población (en millones de hab.)*
1928	1950
2008	3900
2089	7800
2169	15600
2250	31200 (3)

Gaston Bouthoul en «La population dans le monde» da para Europa 130 millones en 1800 y 500 en 1930.

Lo exacto es que desde el año 1918 Europa crece más de 60 millones, ritmo que aumenta pues se calcula que en 1959 el crecimiento es de más de 30 millones.

Los muertos, devastaciones, destrucciones, gripes y hambrunas de la primera y segunda guerra mundial no han podido parar la avalancha; sólo la disminuyeron en algunos millones. El profesor Alexander Carr-Saunders decía que existían 1900 millones de habitantes en 1930; hace un siglo llegaban a 800. Con el índice de crecimiento actual, 1 %, es de presumir que en dos siglos llegaran a estar todos los lugares del globo hasta las cadenas del Himalaya con una población 100 veces más densa que la de Bélgica y ésta tiene actualmente 240 habitantes por km2. En este entonces podría tener 2.000 por km2. Hasta lagos y ríos estarían llenos y no habría tierras para cultivar» (4).

Es de suponer que ninguna persona normal ni iglesia aspira a semejante tempestad de procreación, como lo llama Wells. Según M. Eats y Fabre Luce aún suponiendo una disminución de la natalidad, con el ritmo actual, la tierra estara saturada mucho antes que la población se haya estacionado. Esto es lo que parecen confirmar los cálculos (bastantes arbitrarios) publicados recientemente por «Journal des Economistes».

No en todos los continentes y países el fenómeno es homogéneo. Las perspectivas demográficas en la India y China, son terribles; en general en toda Asia.

LA INDIA

De la India se supone que tiene en la actualidad una población de 380 a 400 millones con una producción alimentaria restringida y con un incremento anual de población que responde a su naturaleza cultural e histórica; principalmente motivado por los siguientes factores fundamentales: matrimonios precoces (las mujeres se casan a los 13 años), —acto de deber religioso— mores. No hay solteros y el número de mujeres es inferior al de los hombres. Pocas viudas se casan, no así los viudos que se unen a mujeres jóvenes. En los Vedas existen incitaciones u obligaciones para las mujeres «a tener 10 hijos». Para escapar de los tormentos de un infierno denominado «push» debe tener por lo menos 1 hijo. «En la India», antes de 1920 el índice de crecimiento anual fué del 1 %; después de este año creció al 11 %, hasta el año 1932. Desde aquí a 1941 la tasa subió al 16 %. De 1951 a 1961 el crecimiento será inferior al 1 % anual».

Sin embargo las cosas van cambiando, en el año 1951 hubo una conferencia nacional de planificación de la familia (control de nacimientos). Se formaron numerosos centros donde se aconsejaban los métodos de vinculación y cuando las delegaciones del Birth Central norteamericano llegaron a la India fueron recibidos por manifestaciones de mujeres jóvenes. Se establecieron centros que asesoraban gratuitamente en lo referente a dar consejos e instrucciones anticoncepcionales habiéndose constatado que más del 60 % de la población se interesa prácticamente por este problema. Se citan campesinos pobres que han realizado largos viajes a pie, hasta 15 kms. para recabar informes y elementos anticoncepcionales. «El gobierno dió al principio 1.500.000 dólares y contrató al Dr. Abraham Stone y Sra. de Nueva York (Birth Control) para organizar las campañas de difusión que se hacen principalmente sobre la base del método Ogino-Knaus.

De paso diremos que la India tenía en 1881, 259 millones de habitantes; en los 40 años posteriores la población llegó a 390 millones, a fines de 1941, con crecimientos irregulares debidos a pestes y hambres; del 17 al 18 murieron de epidemias, de 15 a 20 millones de personas, pero mejoraron su situación alimenticia en cuanto se incorpora a la red mundial de abastecimiento, con lo cual pudo atajar el exterminio en masa por hambre «agudo o crónico».

China es el país más poblado del mundo aunque ciertamente no puede determinarse el número de sus habitantes, pues para uno es de 480 millones y para otros de más de 500 millones. Su población es densa y pobre y su producción no pasa de lo indispensable para la conservación de la vida. «El coeficiente de natalidad es muy elevado habiendo dado a luz la mayoría de las mujeres chinas casi tantos niños como fueran capaces de traer al mundo en el transcurso del período que va desde los últimos años anteriores a los veinte años de edad hasta el final de sus posibilidades de reproducción, a menos que murieran antes de llegar a la edad crítica consumidas, por el número excesivo de partos» (5). Practican el aborto y no se permite a los viudos que vuelvan a casarse. «El coeficiente de mortalidad es también alto, casi tanto como el de la natalidad; de otro modo en el curso de los 4.000 años de la historia china, aún en el caso de no haber habido ninguna anexión de territorios, la población no habría crecido hasta 400 millones, sino que ascendería a 4.000 millones». «La característica del coeficiente de mortalidad china no es su magnitud aterradora, sino su variabilidad de un año a otro y de un lugar a otro» (6).

W. S. Thompson presume que para 1990 la India tendrá 701 millones de habitantes y la China 609 millones, cifras extremadamente bajas, pues para un etnógrafo la India tiene más de 400 millones y la China 600 millones con un crecimiento del 2 % anual.

EN CHINA HA SIDO LEGALIZADO EL ABORTO

Se difunde ampliamente con la esterilización, para rebajar las tasas de crecimiento anual de población. China fué un país de hambre crónica y según sus habitantes desde el año 108 a.c. hasta 1911, se contaron 1828 períodos de hambruna. «Las cifras de muertos por inanición se calculan en cada caso en millones, llegando a veces hasta 20»...

---

(3) GALE, José G., «*El problema de la población*», pág. 121.

(4) CARR-SAUDERS, «*The population problem*», página 1922.

(5) KINGSLEY, Davis, «*Corrientes demográficas mundiales*», Ed. Fondo de Cultura, pág. 128/9.

(6) KINSLEY, Davis, *op. cit.*, pág. 130.

Seiscientos millones de habitantes, cuyo aumento anual es del 2 %, sobrepasarán los 2.000 millones en el año 2000. En 1956 se pusieron en práctica, oficialmente, los métodos anticoncepcionales y se hace una intensa propaganda popular para dominar el coeficiente de crecimiento.

EL EJEMPLO DE JAPON
ES ALTAMENTE SUGESTIVO.

En el año 1870 tenía 30 millones de habitantes practicándose desde tiempo inmemorial, como en toda Asia, el aborto y la matanza de recién nacidos. En el año 1940, era un país guerrero y abastecedor industrial del Asia. Su población sobrepasaba los 70 millones de almas. La guerra disminuyó su población en poca cantidad. Desde entonces aumentó en 20 millones hasta el año 1958, con una tasa de crecimiento del 1,3 %, una natalidad del 21 o/00 y una mortalidad en franca disminución semejante a la de los pueblos europeos, 8 0/00.

En lucha con la producción industrial europea y sobre todo china, su superpoblación es un fantasma terrible por lo que se han adoptado toda clase de métodos anticoncepcionales como dijimos y se ha desarrollado una amplia propaganda preparando miles de mentores especializados y clínicas anticoncepcionales. En el Japón existe el aborto legal por razones económicas lo mismo que la esterilización femenina. En 1953 se hicieron 800 mil abortos legales y 30.000 esterilizaciones con lo que hubo un decrecimiento de natalidad. Y en una estadística de más de 1.000 casos bien controlados hubo casos de complicaciones leves y ninguna mortalidad.

EN 1914 RUSIA TENIA
120 MILLONES DE HABITANTES

Sufrió la guerra, la Gran Revolución de 1917, las invasiones de los aventureros armados por los aliados, devastaciones y el hambre más espantosa. Sin embargo en 1925 el coeficiente de crecimiento era del 2,1 % y en 1932 tenía una población de 165 millones. En 1959 tenía una población de 220 millones y se ha cumplido una política estatal de nacimientos; se aplicó el contralor en un principio. Se establecieron clínicas anticoncepcionales donde se practicaba el aborto por técnicos y merced a causas justificadas por la mujer embarazada, ante un tribunal especial. Posteriormente se suprimieron estas clínicas y se siguió una política de aumento de población, con premios y prerrogativas. Seguramente se volverá al contralor en estos años pues el avance poblatorio es excesivo como tasa de natalidad y disminución de mortalidad.

AFRICA

El Africa, continente donde la gente vivía tranquila y no tenía problemas fundamentales de superpoblación más que los creados artificialmente por el imperialismo, también ha visto aumentar su población a saltos frente a los dos últimos cuya disminución se suponía.

Llega en la actualidad a 228 millones y se le presentan problemas serios como el de Egipto cuya economía y crecimiento está en peligro por un aumento desmedido del número de habitantes, habiéndose iniciado una campaña oficial para hacer conocer al público las medidas anticoncepcionales, que encuentran resistencia en el analfabetismo, la miseria y la ignorancia, tríada infaltable en el continente negro.

TODA EUROPA ESTA SATURADA DE POBLACION

Inglaterra pasa en 110 años de 10 a 40 millones y la mortalidad general pasa de 22,4 0/00 en 1850 a 11,7 0/00 en 1928. Hoy las tasas de natalidad continúan oscilando alrededor de 35 0/00. Entonces la población se ha triplicado en este período de 135 años; en Inglaterra, la vida media aumenta en un 34 % en los niños. Hace 20 años se realizó en Italia una conferencia nacional para estudiar el problema de la hiponatalidad, preocupación del fascismo; llegándose a la conclusión de que en la península el límite de la natalidad alcanzaba el 32,35 % para Basilicata, Calabria, los Pulio, Liguria, Piamonte, Lombardía y Venecia Julia... y que en muchas grandes ciudades italianas el número de los nacimientos no es absolutamente inferior al de los grandes centros rurales. Valga el ejemplo de Roma, Bari, Venecia y Palermo.

UNA natalidad de 270.000 y otra mortalidad del 16,5 %, demuestra que en Noruega ha llegado al 5 %. Llegando a la conclusión de que tal crecimiento se duplicará en 20 años y se agotará la capacidad alimenticia de la tierra italiana para nutrir a sus habitntes.

EN ITALIA

En 1920 el Estado hizo propaganda por la disminución de la población frente al desmesurado crecimiento demográfico, posteriormente la «inflación» fascista estableció leyes y planes estimuladores al aumento acelerado de la población con fines guerreros, impuestos a los solteros y premios a la procreación numerosa bajo el signo del nacionalismo, el imperio y el Estado totalitario. «Se reconoce que el verdadero gran problema es aquel de equilibrar la población con los medios de alimentación y mientras subsista en Italia el actual desequilibrio debido a una población ascendente de 10 a 15 millones de individuos en aumento de cerca de medio millón al año, no habrá gobierno, partido, programa, plano, reforma o revolución capaz de resolver o de atenuar la miseria crónica de los trabajadores italianos». «Contra toda propaganda por el contralor de los nacimientos se oponen todos los «moralistas» la así llamada «gente bien» que por su cuenta limita la propia familia a dos o tres hijos, pero que se escandaliza si se habla en público del modo de tener sanas relaciones sexuales con la propia compañera y reservar a las deliberaciones conscientes la venida de un hijo» (7).

El fascismo tuvo 4 grupos de leyes para apoyar su política multiplicacionista: a) Leyes para facilitar y excepciones tributarias a favor de familias numerosas, b) Impuesto a los célibes, c) Instituciones del ente moral denominado «Unión fascista entre las familias numerosas», d) Concesiones de empréstitos familiares y premios a la nupcialidad y natalidad» (8).

Posteriormente el 27 de noviembre de 1953 se presentó en el parlamento italiano un proyecto de abrogación del artículo 553 del código penal relativo a la propaganda antiprocreativa que dice: «Cual quiera que públicamente incite a prácticas contra la procreación o haga propaganda sobre ella será castigado con la reclusión hasta de un año». Firmaron el proyecto parlamentario diputados pertenecientes a los partidos comunistas, liberal, republicano, socialista y socialdemócrata.

Dr. Juan Lazarte

(7) BERNERI, G. Zaccaria, «*Controllo delle nascite*», Milano 1954; Nº 8; Edit. Silos, pág. 13.

(8) Ibidem, pág.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS

A LA BUENA MEMORIA DE UN LUCHADOR

Mi primer maestro: José Castelltort

LAS guerras coloniales de España terminaron, como se sabe, en 1898. El siglo se extinguió con luz mortecina. Alumbraba esta luz caediza un ejército de esqueletos andantes que volvían de la guerra vestidos con harapos. Las familias y no el Estado, tuvieron que proveer lo necesario para salvar miles y miles de vidas que se debatían trágicamente al borde de todos los precipicios: fiebre colonial, desnutrición, nervios embotados, mentes expirantes, ánimo decaído, miembros retorcidos, piel y huesos, España repatriaba los restos de su juventud agonizante después de tragársela con avidez de monstruo.

El pueblo acudió a remediar, en lo posible, a fuerza de sacrificios y generosidad, la catástrofe promovida por los monstruos, agravada y desencadenada por ellos. Aún recordamos los relatos de aquellos soldaditos pálidos, que hablaban a nuestra niñez con menos elocuencia que sus ojos calenturientos y su expresión de momias chupadas. En el ambiente aldeano, en aquella ribera ibérica de flora espléndida, los soldaditos tomaban el sol cubiertos de mantas .En cada corro del carasol, un repatriado temblón y macilento, hablaba de la manigua, de la traición de los gobernantes, de las enfermedades tropicales. Las madres se desvivían para que el hijo se salvara. A veces lo salvaban hogares, heroísmo sin lloriqueo. Las abnegadas con un heroísmo callado, repetido en infinidad de matronas merecen el recuerdo más puro. Con su toca negra y su traza maternal supieron ser heroínas y santas de una santidad sin cielo.

La galdrufa era nuestra diversión, la diversión de los crios que vivíamos al aire libre como los gorriones. La galdrufa y el cantalazo bereber, o más bien prehistórico, para pelear sin saber por qué con los chicos del pueblo vecino, con los del propio y con cualquiera que nos provocara sin saber nadie el motivo. Recuerdo que cierta tarde, un mozalbete que no tendría veinte años, acudió a disolver dos grupos de combatientes.

—No seais brutos— nos dijo mientras se apoderaba de las hondas de liza trenzada que servían para combatir.

Una vez desarmados, tuvimos que dispersarnos para buscar hondas nuevas. Pero yo quedé intrigado oyendo decir al mozalbete que nos había separado:

—Estos crios también están en guerra. Como los que vuelven de Cuba. Ni estos crios ni los soldaditos que vuelven, saben por qué se quieren matar.

Aquellas frases me quedaron grabadas para siempre en la cabeza. ¿Quién las profería? Un mozuelo avispado y ágil, de Albalate de Cinca, con alpargatas miñoneras, pantalón labrador de patén, blusa suelta y boina de vuelo grande: José Castelltort, hijo del podador más entendido del pueblo y buen discípulo de su padre. Con el mío iba su padre a podar a la viña de Ballobar.

Desde aquel momento consideré al mozuelo como hombre distinto de los demás. Fuí creciendo a fuerza de dar y recibir cantalazos en el tozuelo, en el pecho ,en las piernas, a fuerza de nadar sin guardar la ropa y de trepar por los árboles. Siempre miraba con respeto a aquel mozuelo silencioso y estudioso, fundador, con Mur, Corrullo y otros labradores, del Centro Obrero del pueblo, primer núcleo de resistencia contra la propiedad y el mando. Me infundía temor y afecto, tanto temor y afecto como interés de curiosidad. Algo inexplicable me parecía su pacifismo. ¿Para qué habrá tantas piedras en Aragón si no podían servir de proyectiles? Si vivir es pelear, había que pelear. Las ciudades nos parecían despreciables porque tenían las piedras **enganchadas** unas a otras en pavimento geométrico. El adoquín no es una categoría bereber.

A las hondas sucedieron los cachorrillos. Eran armas de fuego, armas cortas que nos hacía un vecino carpintero. La culata se empuñaba con fuerza. La parte horizontal del arma en posición de apuntar tenía sujeto con liza un cartucho amarillo de tercerola con orificio trasero para aplicar la mecha ardiendo. Se cargaba con sal, perdigones menudos y pólvora ,embutiendo el taco correspondiente de papel, muy apretado hasta la boca. Cada estampido era un triunfo y una ejecutoria de hombría. A veces nos quemábamos las manos. ¿Y qué? Eramos unos hombres. Nos gustaba oler a pólvora y continuábamos la tradición bereber sin saber una palabra de ella.

Castelltort cazaba a los cachorrilleros. Nos aconsejaba la paz y la escuela. Nosotros le teníamos por un reformista sin saber, naturalmente, lo que era la revolución ni el reformismo. Pero nos chafaba los cachorrillos y por este hecho nos parecía un tirano.

El tirano Castelltort hablaba en el Centro Obrero años después. Los crios acudíamos, entre juego y juego, a escuchar al tirano. Se expresaba en tono reposado. Y, cosa curiosa. A pesar de su palabra mesurada, a pesar de expresarse en tono de conversador inteligente y popular, producía entusiasmo en las reuniones. Al revés de otros oradores, que gritan como desesperados y en vez de estimular al oyente lo sangran y achican, Castelltort le daba confianza y horizonte mental. Era más agudo que el cura y que el escribano.

En sucesivas conversaciones con él, a veces por el camino del soto, fuí comprendiendo que era un carácter enterizo, generoso y activo, despierto como el que más, enemigo de la demagogia y del alarido, bien dispuesto siempre para ayudar a los demás.

Tenía una conversación persuasiva. Huía de cualquier personalismo. No hablaba más que lo justo y prefería que hablaran los demás. Ante él, la verborrea tenía que enmudecer y también los tricornios.

Sembró en un cuarto de siglo largo la buena semilla. La generación luchadora, los jóvenes despiertos, le tenían por un hermano mayor. Se imponía al adversario con un razonamiento íntegro. Sabía como nadie desembarullar un problema y ver sus motivos esenciales. Los caciques le temían, los oradores de fiebre se le repudian. Su palabra breve era, además de breve, clara. Prisa vital de labrador, de hombre magníficamente evolucionado y cordial, con todas las **rabietas** enfundadas, como su podadera iba a la viña.

Este hombre murió ciego en un rincón del Cantal, en el Barrage de l'Aigle, asistido por la Federación Local y por todos los españoles con el sentimiento más doloroso. Su amigo Mur sucumbió a las balas falangistas. Otro inseparable, Corrullo, murió ya. De la vieja generación quedaba Castelltort con otros pocos, perdidos por los senderos del mundo. Todos van desapareciendo en las encrucijadas ásperas del exilio, muchos ante los pelotones de ejecución de Franco en el pueblo y en otras tierras. Un sobrino de Castelltort, Manuel, joven compañero inolvidable, fué fusilado en Huesca y tantos otros en distintas guaridas del Santo Oficio. Para todos nuestro dolor, que no podíamos creer llegara como llega a carecer de medida y tregua.

En todos los pueblos aragoneses había un impulsor abnegado de las ideas, un Anselmo Lorenzo podador, maestro de injertos y labrador. Castelltort fué eso, nada menos que eso. A las puertas de la vejez, perdida la excelente compañera de su vida, quedó ciego después de abrir los ojos a toda una generación y de educar a los hijos con el ejemplo. Fué mi primer maestro y mi mejor amigo. En nuestro último abrazo de despedida, meses antes, en el Cantal, presentí dolorosamente que la muerte rondaba ya cerca de él. La muerte se lo llevó. Pero quedó la semilla fructificada que él esparció a los cuatro cuadrantes.

FELIPE ALAIZ

HOJA POR HOJA

Los bolsillos exhaustos, sin gorda; obsesionadas aún nuestras mentes por las exigencias verbales del casero y las amenazas escritas del recaudador ..acreedores impacientes, que no incipientes —, decidimos, mi amigo y yo, dar un rodeo por la ciudad. Cuestión de alejar pesares y despertar inquietudes.

Deambulando, pues, sin rumbo fijo, dimos en conversar, sin intentos de milagrosa conversión, sobre los signos que el Estado estampilla para regular la vida material de los hombres, y que tanto influyen para trastornar la existencia moral de hombres y mujeres.

Nada de particular, pues, que dada nuestra angustiosa angostura monetaria, achacásemos no pocos excesos al cheque, divagáramos de lo lindo en cuanto al verdadero valor del tan manido y manoseado papel moneda, prosiguiésemos echando pestes sobre la pretendida preciosidad de ciertos metales sedicentes preciosos, por el precio, mas no por su intrínseca belleza, y llegásemos a versar inclusive sobre la inflación monetaria que iba imponiéndose por doquier. Especie de enfermedad crónica que, aun implicando sería dilatación de carteras, no impide extremados encogimientos de estómagos. Hubo alguna que otra alusión respecto a la posible especulación de la afianzada finanza yanqui, en la apertura de macabros mercados, e insinuaciones sobre la conclusión que tal estado caótico podría acarrear. Por cierto nada halagüeñas.

Pero pronto nuestras álgidas inquietudes filosóficas submergieron estas bajas, aunque inquietantes, especulaciones económicas. Y entonces, ya en el plan de concreciones, es cuando surgieron profundas divergencias.

Para mi amigo, pese a lo dicho, no había duda. En resumidas cuentas, el dinero era un simple medio. Ni bueno, ni malo en sí. El hombre, dueño de él, se podía permitir alcanzar no pocas finalidades: buenas unas, malas otras, mediocres las más. Dócil vehículo que, guiado según el deseo del hombre, permítale simplificar situaciones, acortar distancias y — ¿por qué no? — objeto de estímulos mil. Y cítame, en términos elogiosos, y en apoyo de su tesis, las obras de ricos mecenas y de solícitos filántropos, sin olvidar la caricatura de ricos avaros y empedernidos usureros. Cierto que el vehículo en cuestión tenía varios defectos, pero con algunas transformaciones técnicas, obraría milagros. Y ni que decir tiene que la adquisición del mismo era un desafuero hecho a la equidad.

Hubo réplica. Así, en estos términos: «Ya volvemos a las andadas con tus sutiles distinciones. Archisabido es que los medios —tú mismo lo has pregonado— mediatizan no pocos fines y aún, si se tercia, adulteran y substituyen la finalidad misma. Tú conoces el caso del chofer — puesto que de vehículos hablas— que ebrio de velocidad, a la postre, acaba contra el poste. Que el hombre débil, o el Estado inseguro, se arman para su defensa, y una vez fuertes y seguros, sus armas, les incitan a la ofensa.

En cuanto a mecenas, filántropos y otras hierbas, confiesa que son los menos. Rarísimas excepciones de una milenaria y rígida regla.

Prodigar consuelos irrisorios luego que se han pasado la vida sembrando cruentos duelos, paréceme un fuego, es decir, un doble fuego».

⁂

Cortó el debate esta escena: Frente a la vitrina de una pastelería unos esmirriados zagales. Pegados al telón cristalino, empañándolo con su ardiente vaho. Las golosinas las devoran con los ojos; se les escurre la baba. La gente pasa sin hacerles caso.

Rebuscamos en nuestros escuálidos bolsillos; ¡en vano!

Detrás se oye una risa burlona. Los zagales se van melancólicos. ¿Quién se reía así? Volvemos el rostro, y ¡oh sorpresa! Era el tacaño de la esquina, vecino nuestro. Haraposo, mugriento, enjuto de carnes, barbisucio y dedos en garfio; estaba espiando nuestra impotencia.

Era hombre de perras y vivía en perrera.

El otro día le abordé y dióme esta definición respecto a su avaricia:

«Sólo me siento satisfecho de mi riqueza, cuando puedo comprobar que los demás no pueden adquirir aquello que vehementemente desean y sólo yo podría... si me viniese en gana».

He ahí lo que había hecho, de este sujeto, el dinero: un repudiable objeto.

Plácido BRAVO

DOCE CAPITALES

PRELIMINARES A UN ITINERARIO EUROPEO

SON las seis de la mañana. Cierro las dos valijas; la más grande, pesada como un bloque de piedra, está llena de libros, folletos, carpetas y manuscritos. Toda mi carga de jornalero de las ideas. Son las herramientas y los frutos de mi diario esfuerzo en este hormiguero recién modernizado, que cuenta con casi un millón de hombres para los que la civilización es todavía apariencia, y cuya cultura, si no es nula, es solamente alfabética. Algunos miles de intelectuales — más exactamente, letrados — son remolcados por unos patronos barulleros e impertinentes: los politiqueros, que cierran y abren las canillas del Dinero en las ciudadelas de la industria, las finanzas y el comercio.

La soledad ha crecido a mi alrededor, a medida que mis relaciones con los que creen en un ideal, con los servidores de la paz, con los espíritus libres cuya lucha es al mismo tiempo pensamiento y creación, se desarrollaban de país en país, a través de los continentes y por encima de los océanos. Como a un buzo, el aire que necesitaba (el alimento moral y espiritual) me llegaba desde lejos: cartas y publicaciones en las que les vibraba la hermandad y palpitaba la comunión, con sus gritos trágicos, con sus llamados de salvación... Donaba todo lo mío a aquéllos que me rodeaban: mi trabajo, tenaz cual una obsesión; mi pensamiento, al que siento siempre en deuda, impregnado por la savia de los frutos recogidos en los jardines de la cultura universal; mis escritos, a los que abrigaba en la estrecha celda de mi revista «El Humanitarismo», o entre las columnas de algunos diarios que condescendientes, permiten que resuene, de vez en cuando, la voz del idealista entre la gritería multiplicada por los altoparlantes de la actualidad. Como si la actualidad no fuera otra cosa que la revuelta pólvora de los «hechos diversos», de los «acontecimientos sensacionales», de las glorias tarifadas — de las catástrofes sociales o naturales que caen cual bólidos, desde lo desconocido, sobre los rebaños de la ignorancia humana.

La soledad crecía sin cesar alrededor mío: — indiferencia que, sin embargo, hacía brotar en mí nuevas energías; cobarde prudencia de los excamaradas, mordidos por la serpiente del arribismo o paralizados en la rutina del «esfuerzo mínimo»; curiosidad parasitaria de los «admiradores» que me robaban horas de trabajo, rebuscando entre los papeles amontonados sobre la mesa; intriga mezquina, de comisionistas-viajeros o de espías benévolos, que acechaban los pretextos de la calumnia o de la denuncia. El desinterés, es una posición sospechosa dentro de una sociedad en la que cualquiera lo puede tomar a uno de las solapas y preguntarle, con una desvergüenza policial: «¿De qué vives?» La idea no se pesa como el azúcar o la carne — y una concepción social, ética o científica no cubre la desnudez, como una capa que el hombre práctico puede ganar con un golpe de astucia, para la dama que sabe esgrimir su sonrisa prometedora... Solamente algunas figuras tímidas, de provincianos atraídos por los espejismos de la capital — apenas algunas almas jóvenes que comenzaron a rebelarse y a sufrir, algunas manos que se tienden amistosas, pero impotentes.

Eso es todo, en este aislamiento que, empero, bullía en mí como una colmena. En vano regalaba mi trabajo: la sonrisa amable, el elogio hiperbólico eran el rechazo disimulado de aquéllos que representan una editorial o un diario, una sociedad comercial o una institución cultural. «La crisis financiera» constituía una fácil excusa. Más aún: era un argumento sin réplica:

— Si hasta los comerciantes con sus tiendas llenas de mercaderías, los agricultores con sus graneros desbordantes, los industriales que no pueden vender lo producido, ya no tienen asegurada su existencia; si los obreros y los empleados esperan meses y meses un salario cuyas tres cuartas partes están roídas por los impuestos y adelantos, temblando ante el peligro de la desocupación, ¿cómo quiere usted que encontremos dinero para ideas generosas, para lejanos ideales? Cuando la situación mejore, entonces...

En ese momento interrumpía yo es discurso estereotipado e hipócrita de estas personalidades bien conceptuadas:

— ... Entonces el pan va a crecer en los árboles y el dinero pasará de mano a mano, como los juguetes de los niños inocentes. En efecto, ¿a quién le hacen falta ideales cuando la lucha por la vida es, en la actualidad, elemental, como en los bosques llenos de fieras? ¿Para qué «sirven» la fe en la hombría de bien, el sacrificio para la justicia y la libertad, el esfuerzo en pro de la cultura y el arte, si los malos pastores han llevado a las muchedumbres hacia los abismos del hambre y de la locura homicida? ¡Tenéis razón, señores economistas! El decálogo de la moral social está sustituído ahora por los tableros de la Bolsa... Sin embargo, la verdad no está en las cajas que guardan el dinero ni en los registros de pérdidas y ganancias. La verdad se encuentra en el alma que se solidariza con los corazones dolientes, en la razón que permanece lúcida en el remolino de las pasiones sociales. No olvidéis: los profetas

(1) Título de la versión completa de las «Peregrinaciones Europeas» de Eugen Relgis, en preparación y a aparecer en un solo tomo.

surgieron en tiempos de desgracia, sobre las ruinas de la injusticia y gritaron, en la ciega contienda de los sometidos y los opresores, palabras que despertaron y dirigieron las conciencias. Sí, vendrán tiempos mejores — pero «otros», muy distintos a estos períodos engañosos, de abyectos compromisos y de «abundancias» desastrosas...

Parto, por quinta vez, más allá de la frontera. ¡No con una libreta de cheques!, sino con fe. Quiero quebrar la inercia del medio; quiero evitar este «punto muerto» que prepara la descomposición del idealismo — esa disipación de las fuerzas creadoras en el pantano de las «obligaciones cotidianas». Estoy en la mitad del camino de mi vida. No estoy seguro de la otra mitad. Pero el «instante» es mío. Quiero realizarlo, sin tregua, con todas mis posibilidades. En la actualidad creadora se funde — síntesis fructuosa — el firme pasado con el futuro vaporoso. Me es necesario, ahora, aquel viraje de la existencia, que arranque del estrecho cerco de lo doméstico, de la sujeción al trabajo — de las relaciones impuestas por el empecinado reloj de las costumbres. Viraje hacia otros horizontes, que pone en movimiento la sangre, endurece los músculos, ensancha los pulmones, da a los nervios vibraciones frescas y limpia el cerebro del hollín de los días idénticos y de las vigilias nostálgicas. Es necesario este cambio: que me purifique de la roña mercantil de la sociedad, de las cáscaras mugrientas de la promiscuidad, de la mediocridad con rostros amistosos o indiferentes.

¡Tantos llamados me han llegado desde lejos, insistentes, repetidos! Tantas horas de comunión o de discusiones decisivas — que se refieren a una acción positiva o a una crisis de conciencia — fueron aplazadas en momentos de apuro o en los rodeos impuestos por el itinerario de los viajes precedentes. Son los hondos motivos que reúnen las almas dispersas en el mundo, las inteligencias encerradas, año tras año, en sus celdas de forjadores de la Poesía o de la Ciencia. Hermanos que se ignoran o se presienten — y que se reconocen en un congreso, en una reunión íntima, en la mesa de una cena fraternal o en una esquina, en la calle... Y existen todavía algunas de aquellas mentes geniales, que vigilan en frías alturas, por encima del torbellino humano — aquellos conductores cuya espada es la Palabra, cuya autoridad reside, al mismo tiempo, en la verdad y el amor; aquellos creadores de valores morales, estéticos, científicos, y a quienes quiero pedir que me enseñen, a quienes (como el creyente que se va en peregrinaje hacia los santos lugares), quiero traer el testimonio de una fe, para adquirir después nuevas fuerzas y nuevas esperanzas...

II

FILARET, GIURGIU O « DESPACIO, DESPACITO »

Abandono la capital en esta fresca mañana con presagios de otoño. Beso la frente del hijito aún dormido. (Dos semanas más tarde comenzará la escuela). Desde el balcón del tercer piso, en la mano de la esposa aletea el blanco pañuelo: el único saludo de despedida. Y, en la esquina, el automóvil de vuelta, bruscamente, por la calle que recién despierta, rumbo a la estación Filaret. Atravieso arrabales que me parecen nuevos, con bloques y manzanas surgidos hace algunos meses. Durante un año y medio he recorrido tres o cuatro calles — al escritorio, a la redacción y a casa — como un prisionero voluntario. Cuando me encontré de pronto en el andén, en espera del tren, me pareció que me hallaba en una estación provinciana, donde hay bastante tiempo para escribir algunas postales y leer, inconscientemente, los carteles coloreados. Me parece evadirme, por la puerta de atrás de una usina, hacia las campiñas tiernas, salobres... Y les busco, desde la ventanilla del vagón, por encima de este prolongado pasillo periférico, con callejuelas de barro, con muros enmohecidos, con casuchas proletarias y los ojos ahumados, geométricos, de las fábricas. El tren pasa a través de un cementerio. Sí, a través de un nuevo cementerio que, con su hierba en la cual el ganado pace todavía, espera las generaciones humanas que serán llevadas para pudrirse al lado de los viejos y repletos cementerios, de todas las religiones, reunidos en ese barrio Bellu. Pero la capital crece también, con su industria, con su tráfico y sus inmensos depósitos de mercancías, encarnizada protesta de la vida frente a la fatalidad devorante.

Y el horizonte se amplifica finalmente, se purifica, vuelve a la línea simple, horizontal, del campo, quebrada a menudo por bosquecillos. Aspira el aire, profundamente, como un flúido tónico, después de todo el polvo y las miasmas de una actividad sedentaria, allí, en el conglomerado de hierro y cemento de la capital. Los trigales, ya segados, los amplios maizales ondeantes, susurrantes en su pleno crecimiento, se muestran como gigantescas mesas del festín popular, adornadas aquí y allá por el amarillo vivo de la colza, las calabazas color de naranja, y bosquecillos de sauces o vergeles de ciruelos.

Pero he ahí que una silueta grisácea, de fortaleza, se vislumbra a lo lejos, en una curva de la línea. Parece que se oculta, medio enterrada, encorvada, en acecho con sus garras y colmillos. Es Jilava. Nombre con resonancia de terror y tortura. La fortaleza se convirtió en cárcel para los «traidores de la patria» y los «enemigos del orden del Estado». Bajo sus casamatas, en sus húmedos sótanos yacieron y yacen centenares de desertores, de rebeldes, de inocentes; mártires involuntarios, embrutecidos en su mayor parte, de la política y del militarismo. En esas celdas infectas han sido arrojados también verdaderos idealistas, conductores de masas, visionarios del mundo socialista — mezclados, empero, con la turba de matadores fanáticos, de los espías, agitadores y agentes provocadores. Aventureros que prostituyen las ideas sociales, creyéndose precursores cuando, en realidad, no son más que los instrumentos de otros gobiernos que tienen, en su país, idénticas cárceles para los traidores, los espías y revolucionarios de otra nacionalidad o de otra clase social... El estruendo de las ruedas del tren parece entremezclarse con el triquitraque de cadenas, con desesperados golpes en las puertas de implacable cerrojo, con gemidos de dolor, con rechinar de odio y de rabia.

Se suceden las estaciones: Sintesti, Vidra, Gradistea — donde los bucarestenses, torturados por los días caniculares, encuentran el domingo, en la playa primitiva del Arges, otra canícula que desolla su fina piel de ciudadanos y, a menudo, entorpece para una semana los músculos no acostumbrados con el deporte sistemático o con el trabajo manual. — Comana. Después de la imagen fugitiva de un monasterio de muros ennegrecidos y el revoque caído, y que — por falta de fieles o por falta de rubro en el presupuesto estatal — alberga ahora una «escuela profesional» de muchachas, hacemos un alto en la estación, en espera del tren contra-

rio. Como en toda línea secundaria, la espera es larga, pero grata para los que quieren probar las frutas frescas y la leche recién ordeñada por las jóvenes campesinas. Por la carretera, con varias pulgadas de polvo, llegan los carros con remolacha blanca que será descargada sobre los montones ya viejos. Se ve, sin duda alguna que esperan allí desde hace tiempo, en el lodo negruzco de carbón y aceite, para la fábrica de azúcar de esta comarca. Del otro lado de la línea, en el andén encuadrado por un pequeño y rústico jardín, algunas decenas de turistas pasean y platican en su barato veraneo.

El tren, por fin, reemprende la marcha. ¿Pero a quién busca este capitán seguido por su sargento, en los vagones medio vacíos? Examina los papeles de los soldados con licencia, y de los jóvenes que le parecen «sospechosos». Me acuerdo de la obsesión de la Comandancia, durante la guerra, cuando cada uno tenía que pertrecharse con todos los documentos, si no quería ser enviado al Consejo de Guerra y de allí a la cárcel o al frente lejano. Doce años después de la firma de la «paz», el hombre es cazado todavía por los potentados galoneados, arriesgando su libertad (tanta que le queda en esta sociedad policíaca) a la mínima sospecha de un «representante del orden público»... Por la ventanilla, yo contemplo el paisaje, asqueado por el terror de la violencia organizada. Pero los uniformes son cada vez más numerosos, a lo largo del sendero paralelo a la línea férrea. En el campo, rebaños de ovejas, tropas de bueyes. Y los hombres en uniforme se confunden con los rebaños que pacen, ignorando el destino que les llevará hacia los mataderos.

En la estación Mihai Bravu, el campo está cercado: nuevos cuarteles fueron construídos al lado de los otros. En frente, soldados sin chaqueta trabajan en un portal monumental: dos columnas con garitas de guardia, unidas por el arco que será adornado con insignias y banderas. Y tuve la visión de los arcos de triunfo, levantados en honor de los Césares de ciudades hoy desaparecidas o arruinadas. Arcos bajo los cuales desfilaron los ejércitos victoriosos (los muertos fueron abandonados en «el campo de honor», presa de los cuervos, de los chacales y los gusanos). Arcos que no son sino unos yugos simbólicos sobre los hombros de millones de esclavos, de ayer y de hoy. Arcos que persisten, truncados, en Roma; modernizados en Berlín y otras capitales. Bajo el arco napoleónico de París, palpita la llama del Soldado Desconocido. Una llama de simple gas de alumbrado o de cocina... La verdad de la tragedia humana se nos evidencia de este modo, como un mentís al «homenaje» que la oficialidad rinde, hipócritamente, bajo la forma de una llama perpetua, a la víctima, multiplicada millones de veces, al crimen sin expiación: la Guerra. Y hay otros arcos también, levantados precipitadamente por los orgullosos vencedores, que olvidan que ellos no son más que afortunados que se salvaron del naufragio europeo de 1914-1918. Arcos de yeso, corroídos en algunos años hasta el esqueleto de alambre, con estatuas decapitadas. (Sí, conozco a un escultor que mutiló su propia obra — ya colocada en un arco de triunfo de Bucarets — cuando se dió cuenta que el arte no está destinado a forjar soldados de opereta para monumentos públicos).

Estoy solo ahora, en el vagón, con mis pensamientos corrosivos como el moho y la podredumbre de las tumbas, con la amargura de tantas vanidades, de tantas dura senseñanzas de la historia — y que los hombres tardan en reconocer, que no quieren o no pueden reconocer todavía. Los maizales ondean suavemente, apenas soleados. Busco imágenes vivientes como escudos contra las obsesiones que llevan a los pueblos a la matanza. En la estación Fratesti (los Hermanados: ¡qué nombre consolador!) subieron dos adolescentes: un colegial de vacaciones, y una muchacha fina, delgada. Están de pie, un poco inclinados en la ventana abierta. Contemplan el paisaje, mostrando uno al otro la pequeña colina, las mieses, el pozo rústico con el brazo levantado. — A veces, se miran fijamente. Veo los movimientos de sus labios: palabras que no oigo, pero las siento — ingenuas, puras. Los brotes del amor palpitan bajo la blusa de la joven; él, con gesto torpe, roza a veces la melena de ella: los cabellos dorados se agitan al viento, como una aureola deshilachada. Juventud que ignora la vida y, no obstante, la respira, la saborea, escucha sus voces, la contempla en sus aspectos siempre renovados. Juventud que vive sin preguntarse — y que sonríe ante esta naturaleza henchida de cadáveres, pero disfrazada con sus espejismos y fertilidades...

He allí, el primer centelleo, nacarado, acerado, del agua es sólo un canal del Danubio. El puerto de Giurgiu aparece con algunos elevadores, tanques y remolcadores. En el muelle, los granos — amontonados como cerros — se escurren, riachuelos de oro, en las bodegas flotantes. Pronto van a zarpar hacia el Mar Negro o río arriba a través de otros países. En verdad, la abundancia se puede ver allí, en las carretas de los campesinos que llegan sin cesar, para descargar la rica cosecha de los campos, del trabajo humano. «La política económica» dicta el precio en escritorios con puertas acolchadas y blandos sillones: una orden lo hace subir, otra lo hace bajar según las ocultas fluctuaciones de los mercados mundiales... Pero la realidad está aquí, en los montones de granos, comprados aún antes de cosechados, para países industriales. ¿Quién lo sabe? — en invierno, los hijos de los labradores que descargan ahora, tan alegres, los frutos de sus campos, pedirán en vano un pedazo de pan... ¿Quién lo sabe? — los secretos de los amos son impenetrables, como los de Dios. Ya se ha visto, en Argentina, que montañas de trigo han servido de combustible para las locomotoras o fueron arrojadas en el oceano, sólo para mantenerse el alto precio de los cereales... Y pensamos que todas esas «inútiles» cosechas podrían calmar el hambre de millones de hindúes, de los que murieron en los años terribles de la posguerra, en las estepas rusas y en los pequeños países vencidos, — de las decenas de millones de chinos que perecen de inanición aún en su nueva República, azotada por los bandos de los generales con la cola recién cortada... ¿Quién lo sabe? — la verdad de la naturaleza es, sin embargo, sencilla, directa: ella tiene de sobra, para alimentar también los pájaros del cielo y las fieras en el bosque. Sólo el hombre, que sabe centuplicar los frutos de la naturaleza, posee también ese diabólico don de arrancar el pan de la boca de su semejante, y dejarlo morir, pese a que los graneros están repletos— mientras el *jazz* aulla su alegría en la noche eléctrica de las capitales lujuriosas...

EUGEN RELGIS

Alcohol, juego y otros vicios

ALUDIR a los vicios es también hacer referencia a las virtudes. Se entra de lleno en el terreno de las morales y de la conducta individual y social.

Las ideas de virtud y vicio podrían ser comprendidas y aceptadas universalmente si se basaran sobre el funcionamiento fisiológico del individuo.

Biológicamente, todo acto que acrecienta el goce de vivir, sin perjudicar a los demás, es virtuoso, como es vicioso todo lo que aminora o destruye ese goce instintivo.

Hay conquistas ventajosas para el género humano y hay otras que le son perjudiciales.

La conquista tradicional del tabaco es un vicio, al parecer inocente; una inmensa mayoría lo ejerce sin el menor escrúpulo.

Por eso, quizá en el tema propuesto no se nombra al primer tóxico, por haber entrado definitivamente en las costumbres sociales.

Fuman los chicos, los higienistas, los médicos, los clérigos, los profesionales de toda la cultura universitaria, la mujer y el pueblo, soberano de nombre y esclavo irredento siempre.

El alcohol altera las funciones vitales, como está probado en múltiples experiencias de laboratorio, y lo mismo el tabaco.

La forma en que se diluye el alcohol no modifica su nocividad en las infinitas clases de bebidas espirituosas. En éstas hay una diferencia de producción y de graduación, pero su naturaleza es la misma.

La lógica elemental sabe que si se ingiere una solución de sublimado corrosivo al diez milésimo, esta proporción homeopática no deja de producir sus efectos.

En cambio, los sectarios de la intoxicación pública se sonríen o se rien a carcajadas cuando se les dice que ingieren alcohol puro en los diferentes mejunjes que saborean muchas veces acompañados del infaltable cigarrillo.

El juego es otro signo de degeneración y envilecimiento. Los desgraciados que se entregan a él, son los sucedáneos de las creencias mágicas. Estos débiles mentales esperan del azar tramposo lo mismo que puede pedir al dios imaginario. Reseñar otros vicios menos comunes es casi entrar en el fuero privado.

Las plagas sociales se concretan en el tabaco, el alcohol, los deportes, en que se acaloran las multitudes y las llamadas gentes cultas, y los juegos de dinero en que se disipan fortunas y esfuerzos del trabajo útil y del inútil.

Si los pueblos mueren intoxicados por los vicios, los gobiernos tienen en ellos un medio eficaz de sometimiento y una fuente inagotable de recursos para sostener el sistema de las sacrosantas mentiras apuntaladas por la Iglesia, el militarismo y todo el engranaje de la explotación capitalista, simbolizada en los suntuosos edificios bancarios, que son las clocas receptoras de los signos contantes y sonantes de las vilezas sociales en las grandes urbes especialmente. Claro que, en una sociedad mercantilista, sin los bancos, la gente no podría subsistir. Este es uno de los males que la gente «sensata» cree necesario.

Ya es archisabido que de nada sirven las palabras sensatas para que el hombre deje sus vicios. La mujer lo imita y este contagio es la mayor desgracia humana.

Cuando la mujer pierde su gracia prístina y natural y se degrada con los extravíos del otro sexo, bien se puede afirmar que comenzó la pendiente de la decadencia irrefrenable, que se plasmará en guerras militares y civiles para ahogar la tendencia humanista libertaria de una minoría consciente.

Los esfuerzos de esta minoría se estrellan contra la cobardía colectiva de una humanidad degradada por los tóxicos que alteran especialmente la función cerebral del pensamiento y de la acción coordinados en vitales propósitos de regeneración.

Fuera de los períodos de exaltación embriagadora, la gente intoxicada, que es la mayoría, se muestra pusilánime, temerosa e inadaptada a las reacciones defensivas.

Así, no es extraño que ante la debilidad colectiva se afirman las más tremendas injusticias, que son la herencia de las servidumbres seculares: largas y extenuantes jornadas de trabajo, salarios insuficientes cuando no miserables, viivendas insalubres, servicio militar, bendiciones de la Iglesia explotadora y, por fin, la guerra que todo lo arregla en una sociedad fundada sobre la violencia y la explotación, la sumisión y el engaño.

El capítulo queda abierto y no puede agotarse; merecería una amplia exposición.

No hay que moralizar a la gente; que cada uno siga su camino y, si quiere perderse en la embriaguez de los vicios, allá él.

Hay que incitar a los amigos esclarecidos, a los que escuchan y dicen verdades que a muchos duelen en el mundo:

¡No mantengáis los vicios, no colaboréis inconscientemente con un régimen que detestáis!

Demostrad vuestra voluntad para saber elegir lo que conviene individual y socialmente. ¡Que vuestra conducta privada y pública sea

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

* Narcisismo del zapote *

LOS americanos no sólo enferman muchos de énfasis o flato y de i n s u s t a n c i a l garrulería, sino también de narcisismo y umbilicocentrismo. Este último «voquible» reclama un centavito de azafrán o parafraseo. A la teoría geocéntrica de astronomía, que reputaba a la tierra ojito u ojete del cosmos, corresponde en moral la ilusión egocentrica, consistente en fijar la nata y flor del ramillete universo en el blanco de los tiros de Azaña, o sea, en la barriga.

No cabe duda que ésa es una de las formas más hilarantes del narcisismo y con la que se peligra menos de espichar de hipocondria. Y nadie que tenga media onza no más de juicio, pondrá en tela de tal que América es de los 5 gajos de la naranja telúrica el que más asombro damasceno de sí mismo padece.

Los desculadores de hormigas de este Hemisferio, que radioaullan en Emisoras y cuevas de publicidad, dividen la zoología en dos etapas: la anterior al desvirginamiento de estas selvas y el póstea de ese ante. «De Colón atrás — vienen a cigarronear esos organistas — no se otea más que bosques de repugnantes barbas judeobabilónicos. Con la «gillete», que el rascacielos se trae, ábrese para el mundo una Perspectiva de Newski inédita. una Era novísima. Sí, la era del Mico y del makakikus, respondo yo. La era del destoisonamiento a rape y en masa, de la vainica por la base y por la cúspide.

En la misma línea de los que engorda de placer la invención del «jeep», y de los reclamistas que no vendimian la flor de la inocencia con versículos tan de la Sabiduría como el de que «en su futuro hay un Ford», se coloca un biógrafo venezolano de Leonardo de Vinci, que se hace cruces de que la Lisa Mona o la mona de la polka lisa del planeta, ni siquiera se diesen por enterados de hecho tan caudal y tan cumbre, tan cumbreandino.

A propósito del tomo de Metafísica y óculo-ocultología, con que se acostaba Francisco del Giocondo. En cierta ocasión, me preguntaron cómo descifraba yo el enigma de la célebre sonrisa gata. «La charada y el crucigrama — contesté — se explican por sí mismos. La Joconda se ríe jocondudamente de los cuernos del que la recibió del cura en propiedad; y de la sebicie de los que sitúan sus ansias de gloria en los canales por que ella se purga».

El Vinci pintaba de verde y oro los pañales, cuando Colón remontaba los 16 reventones de la flor del cerezo, como dicen en el Yamato. Y le sobrevivió docena de fraile de nieves en sus alturas. Docena de fraile: 11, cuando da; 13 cuando recibe. Al zarpar de Palos el Almirante, rayaría Leonardo en las 40 primaveras de Boticelli. Se carteaba con el Vespucio. Y era amigo del cosmógrafo florentino Toscanelli, que no creía que tuviese en la mollera más que una serrería el que por casualidad se encontró estos tigrales, digo trigales.

¿Cómo se comprende que la gran aventura no diese ni frío ni calor al genial Eneas de todos los Acates y Dorianes de su tiempo, siempre con la bota de Asti ítala al pico? La pregunta se la hacen en Caracas. A nosotros, ha días que nos desgarraron la ingenuidad. Y con el pulgar no tocamos el pito. Nos explicamos, por tanto, perfectamente que el advenimiento de nuevos fovismos no espatarrase a un hombre inteligente, como era el hijo de la mucama Catalina. Esta buena paisana, hija de aldea, pero con una Babilonia en la cintura, había asaltado el lecho de su amo, quien campiranamente se la endosó a un hidalguete de bambolla lusa, con un nombre de este tenor: Ser Acattabriga di Fiero di Vaca di Vinci. Se llamaba Vaca. Y le encacaban una, harta de ir al ordeño. Ya estaba bien. En tal establo nace el Verbo divino de la pintura renaciente.

La existencia de Jauja, el Potosí y el Perú tiene en Europa sin cuidado a los que que no han de salir de allá estilo exprés, para rehuir el servicio militar o la cárcel por quiebra fraudulenta, como los ultrapatriotas que abundan entre los gachupines de México. Los refugiados políticos estamos aquí porque por la fuerza ahorcan. No vinimos a enriquecernos plantando un abarrote, ni poniendo un empeño, ni fabricando leche con agua y almidón, revueltos con el mango de la escoba en una lata. Hemos conocido indianas novicias y caciques novales, cosa poco de admirar, boy-scoutaje sin alicientes. Convénzanse de ello nuestros infaringables Narcisos. Y válgales este santo horror y terror de las moscas.

Angel SAMBLANCAT

---

un ejemplo vivo de ecuanimidad! De este modo, ganaréis en salud, en economía y en comprensión de una convivencia racional que embellezca la vida de todos.

¡Sueño y poesía utópica!... ¡Mucho importa!... Aunque no seamos creyentes, ni siquiera optimistas, quizá se realice un día sobre la tierra, que ensucia el hombre, el jardín florido en que todos se alimenten y se deleiten. Sin perder de vista esta hermosa idea, luchemos todos los días para mejorar y ennoblecer nuestra vida, en seguida, aquí y ahora.

Los que se aferran a las compensaciones de un más allá están jugando con cartas falsas. Tengan la seguridad de que así se les estafa este mundo posible de bienestar por otro que sólo existe en la imaginación metafísica y que explotan a maravilla todos los que viven de la credulidad ingenua e irracional tan extendida en la tierra envilecida...

Sólo con individuos sanos será posible hipotéticamente reconstruir un mundo sano, razonable y bello en el que ya no se puedan entronizar los vicios sociales imperantes.

La ambición racionalista es recrear al hombre en su mundo. De este modo se acabaría con los falsos valores que hacen de la actual humanidad una evidente y constante monstruosidad.

Costa ISCAR

Ateneos de España

BELLA cosa, admirable y mirífica por demás, aquella obra de las personas de alto y libre sentir, de inquietudes nobles y hermosas, fundando escuelas racionalistas y círculos enciclopédicos, ampliamente populares. Si el camino de la manumisión y del progreso se halla sembrado de innumerables obstáculos, siendo necesaria la viva unión y potencia para abrirse paso; una empresa segura, firme y dilatadamente positiva es la de la superación de la personalidad humana, a fin de que el individuo no desfallezca, se concierte y vea bien, no siendo posible de que ningún poder extraño, de la índole que sea, dogmático, prejuicional, consignista, sofístico y dominante, presente ni futuro, pueda, ni aun difícilmente, obscurecer su sentido analítico, reducir sus justos deseos ni doblegar su voluntad conciente. Digno empeño ése de exaltar convenientemente el entusiasmo, el amor al trabajo, la actividad y el dinamismo de la juventud, cantera preciosa e inagotable; cultivar, fortalecer y desarrollar en todo instante el propio valor; sugerir y procurar extensa y eternamente las individualidades, al efecto de que vibren con impulso, atentas, tesoneras, con soberanía de criterio, limpio proceder y claro juicio, sabiendo respetar, entenderse, aquilatar conductas y no dejarse llevar, en las relaciones como en las actividades y en la lucha azarosa del pastoreo, del gregarismo, de las discusiones estériles, de los oropeles y de las falsas demagogias. A todo renacimiento sindical le ha acompañado un establecimiento por doquier de centros culturales. El Ateneo ilustra, forja, templa. Modestos Ateneos, como el del Carmelo, en Barcelona, tuvieron su escuela. En la línea de los Ateneos de importancia estuvo el del Clot, al que tanto contribuyó el grupo « Sol y Vida », que desplegó una continua y acertada actividad. Asimismo, entre ellos el de Sans, muy apreciado de la juventud y que se destacó por sus animadas charlas. Y el de Barcelona, obra de los grupos de afinidad que acogió la idea de unir los varios centros culturales en un Ateneo de tipo local, para mejor estrechar los lazos, concertar la acción y hacer frente a las necesidades de la propaganda.

La Biblioteca, como es natural, resulta indispensable en este predio de cultura, y entra dentro de lo posible aunque él sea más o menos pequeño. Un sencillo Ateneo, y todo Ateneo al comenzar puede hacerlo, si parece, con la sola Junta compuesta de presidente, vicepresidente, secretario general, secretario de libros, secretario de actos, secretario de adquisiciones, secretario de fondos y cuatro vocales, encargados éstos, uno por semana, con esmero, de la permanencia, de los aportes y de la atención a las preguntas, ideas y propuestas, de todos los compañeros.

Localmente, el Ateneo Cultural Libertario, simple en puntos pequeños o a tenor del contenido, y amplio, conforme a las necesidades, en las poblaciones mayores, con su Junta Local Informativa. Como anexo, el Círculo Difusional Libertario, donde se den barriadas extremas y pueblecitos agregados con posibilidades. El Ateneo dividido, si existen probabilidades, en corporaciones de actividades instructivas (racionalistas, gimnásticas y preaprendicistas); juveniles (ideológica, excursionista y profesional, práctica (mecano-dactilográfica, corte-confeccionadora y trofológica); estudiantiles (preparatoria, geográfica e histórico-naturalista; técnicas (geometría, físico-química y matemática); literarias (retórico-poética, histórica y lingüística); artísticas (plásticas, armónica y fotográfica); deportivas (recreativa, atlética y varia, y sociológicas (orgánica, económica y artesánica), con la pertinente comisión seccional y, por los arrabales y agregados, si es viable, para la entente y relación de los cuerpos de actividades, correspondiente subcomisión auxiliar. El Ateneo subdividido, si ha lugar, en conexiones elementales racionalista, ideológica, etc., y subcomisiones consultativas, escuelas racionales y los distintos medios del Ateneo Cultural Libertario, en instalaciones especiales, y subcomisiones gestoras. Más las Juventudes Libertarias, equipos de afición, coros, rondalla, estudiantina, etc., y los grupos de afinidad.

MIGUEL JIMENEZ

REFLEXIONES

El individuo que con sus palabras tuerce o deforma nuestro espíritu, nos hace tanto daño como el que nos da un puñetazo en un ojo; la señal podrá ser menos visible, pero el perjuicio es más duradero.

G. SANTAYANA

Cervantes escritor, soldado y mártir

Por poco en este ambiente ve la luz la primera parte del «Quijote». El 24 de septiembre del año 1604, hallándose Cervantes en Valladolid, obtuvo el privilegio real para publicar su obra. Imprimióse en Madrid, a principios de 1605, en la imprenta de Juan de la Cuesta y la editó Francisco Robles, «librero del rey Nuestro Señor». Desde la aparición del «Lazarillo de Tormes», ningún libro — incluso la «Vida de Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán — alcanzó un éxito tan rotundo como el «Quijote». Llovían de todas partes las solicitudes para reimprimirlo. Francisco de Robles tenía la exclusiva de la obra limitada a Castilla, exclusiva que Cervantes — detestable hombre de negocios — hizo extensiva al librero del Rey Nuestro Señor sobre Portugal, Valencia, Cataluña y otras regiones. «Una batalla de intereses — afirma Juan Babelón —se libraba alrededor de este libro, que iba a hacer prodigiosamente su camino». «Lo extraordinario es que Don Quijote y Sancho Panza pasan incontinenti a la leyenda, y diríase al **folklore**». El triunfo de Cervantes suscita envidias, juicios malévolos, burlas sangrientas... Esto se llama dar coces contra el aquijón. Lo más triste es que Cervantes no sale de pobre con el «Quijote».

VIII

El desfile de estos hermanos hacia la eternidad lo inicia Andrea (1609), tres veces viuda, a quien sigue Magdalena, soltera, dos años después, no haciendo cuenta de Rodrigo, muerto mucho antes en Flandes siendo teniente abanderado, ni de Luisa, monja Carmelita, que con más de setenta años fallece. En el drama de los Cervantes, Constancia es una racionista e Isabel de Saavedra la dama joven. Debilidad del padre: su clavo... Sale de una aventura y se mete en otra más peligrosa Doña Catalina de Palacios no comparte los riesgos de estas personas que viven como bohemios. ¿Es ella la primera actriz de la obra? Sí, por la mímica más que por las expresiones. Una mujer no para un hombre que había de forjar en el yunque del genio el «Don Quijote de la Mancha». ¿Por ventura lo ha leído doña Catalina? ¿Está orgullosa de que el autor sea su marido? A favor de su hermano, sacerdote, acaba de testar: no está dispuesta a que sus bienes pasen de los Palacios a los Cervantes. Estos, los Cervantes, levantando la casa de Valladolid — la de los lios por el suceso donjuanesco Ezpeleta, seductor de oficio —, de nuevo se instalan en Madrid, adonde ha vuelto la Corte. Miguel de Cervantes es abuelo: Isabel ha tenido una hija de su matrimonio con Diego Sanz del Aguila, mucho más viejo que ella, quien en 1608, a los pocos meses de casarse, expira. La hija es la cruz del padre en los últimos años de su agitada existencia. Cervantes pende todavía del alcance, objeto del célebre proceso. Isabel, que vive en la calle de Jardines, va a contraer segundas nupcias con un tal Luis de Molina. Tal vez se preste a salir fiadora del dote doña Catalina de Palacios e incluso a actuar de prónuba. Pudiera ser que las aguas volvieran así a su cauce... Isabel de Saavedra ha escogido mal: Molina es un vulgar estafador, un sinvergüenza de tomo y lomo, que se hace con el dote de su mujer y sale de estampía, dejando económicamente comprometido a Cervantes.

Con haberse escrito tanto y tan bueno sobre el «Quijote», y lo mismo sobre Cervantes Saavedra, quizá hay mucho que decir todavía. Hasta aquí ha hablado la inteligencia, y yo quisiera oír expresarse al corazón. Menos sabiduría y más sentimiento. Lo que haga llorar acerca de Cervantes, figura en sí misma, conmovedora — un libro, una conferencia, un simple artículo — ilustrará más que palabras eruditas. La razón de la simpatía cervantina dimana de sus sufrimientos. Cualquier español está en condiciones de trazar la silueta de Cervantes, por ser el clásico que mejor percibe. Confunde a Quevedo, pero a Cervantes no. El «Quijote» tiene una medida justa: la de su creador. Escrito por otro de más capacidad — por Quevedo, que sabía más que Cervantes — el «Quijote» no sería la obra que tanto nos gusta; se diferenciarían en lo que se diferencian «El Buscón» y «Rinconete y Cortadillo»: «El Buscón» es la obra de un escolástico, «Rinconete y Cortadillo» la obra de un artista. Merecen reproducirse las siguientes palabras de Alaiz: «Leed el «Quijote» y veréis que por su texto se tiene la sensación de vivir en el siglo que se escribió. Las gentes hablan, se mueven, viajan, tienen una vida de relación, piensan, dialogan, discurren, bromean, se burlan, trabajan, sufren, mueren. Las halláis dentro de su margen, las conocéis tal como eran». Dice Unamuno: «No puedo representarme a Don Quijote si no al pie de una encina, con las bellotas en la mano». Yo no puedo representarme al Caballero de la Triste Figura sin ver la mala figura que en esta vida hizo el Caballero Cervantes. «El ansia de gloria y renombre es el espíritu «íntimo del quijotismo — observa don Miguel de Unamuno —, su esencia y su razón de ser. El toque está en no morir». De un buen trabajo de Azorín titulado «Posición de Cervantes» («ABC» del 17 de junio de 1946): «Don Quijote es por su natural, por su misión, un enlace, en determinado momento histórico, entre la aristocracia y el pueblo, en una sociedad en que

lo intermedio, es decir, la mesocracia, no existe todavía. Y Miguel de Cervantes, creador de Don Quijote, asume el mismo papel, la misma misión». — «...Es ahora, gracias a Cervantes, cuando el pensamiento de unidad, de coherencia española, de trabazón íntima entre todos los componentes de España, encuentra en lo espiritual su plena realización. Don Quijote en casa de los duques es tan aristócrata como los mismos duques.» Nunca pusiera los pies en tal casa. De ella dimanan las desgracias de Don Quijote. Donde la estrella de la buena suerte dejó de brillar y ya no vió redor suyo más que sombras. Oid lo que Unamuno dice de los duques en su libro «Vida de Don Quijote y Sancho»: «Lo llevaron a su casa para regocijarse con él y burlarse de su heroísmo». «Bellaquería y sandez de los próceres que creían, sin duda, nacidos los héroes para divertirlos y servirlos de juguete y zarandillas». «Ornato de la mesa, como una fruta rara o el último ejemplar de un pajarraco que se extingue». «Vistiéronle a usanza caballeresca y le llevaron a comer». «El canónigo, todo prosa el sentido común que titulaba bobo a Don Quijote».

La segunda parte del «Ingenioso Hidalgo» mejoró la primera. Sin embargo, los coetáneos de Cervantes siguieron considerando a éste un escritor chocarrero, un peripatético, **un profano (lego), aunque el más alegre de España.** Es la mentalidad fascista de entonces. De Tomás Tamayo al P. Niseno hay poca diferencia. Quevedo sólo tuvo al P. Niseno por enemigo: a Cervantes los Nisenos le llovían y no le dejaban a sol ni a sombra. Pero lo alaba Calderón en «Casa con dos puertas mala es de guardar» y en «El Alcalde de Zalamea». Quevedo — amigo de Cervantes — en su «Perinola», y Ruiz de Alarcón se inspira en un cuento de don Miguel titulado «Ganar Amigos» para escribir una de sus mejores comedias. Un hombre de pocas luces me preguntó ha poco si Cervantes tuvo enemigos. «Muchos y de fuste», le respondí. «Entonces, verdaderamente, valía» ¿Qué le habría costado a Lope de Vega, al referirse a los mejores poetas de su época, citar en la «Conquista de Jerusalén» a Miguel de Cervantes? Lope formó parte del Jurado para premiar las tres mejores poesías en el concurso celebrado con motivo de la beatificación de Santa Teresa. El primer premio, consistente en una copa de plata, lo obtuvo Cervantes, y Lope de Vega, que leyó la composición en la citada obra, ni siquiera lo nombra. Yo quiero ver en esa copa un cáliz: de plata y de oro son los cálices, pero no quitan a lo amargo.

«Con el pie en el estribo» saca a luz «Persiles y Segismunda». ¿Su hija habrá ingresado en un convento? El valeroso Miguel de Cervantes Saavedra, místico del heroísmo y héroe por grado y por fuerza, expiró en Madrid en la calle de León, el **23 de abril de 1916** — el mismo día muere Shakespeare — teniendo a Catalina de Palacios a su vera. ¿Donde está enterrado? Hasta la hora presente no se ha conseguido aclarar este enigma.

IX

¿Qué más podría deciros sobre Cervantes. Pero... ¿he dicho algo nuevo que valga la pena de echar a volar campanas? ¿no habría sido preferible callar y recogerme en este culto de mi corazón, tan acendrado y tan íntimo, dejando el puesto a otro, no con más sentimiento, pero sí con más inteligencia? No sé si por mi ignorancia, he llegado a tenerles miedo a los sabios. Se dice que no hay valores, y yo no veo actualmente cosa que más abunde. Es por eso tal vez por lo que vale nada cuanto encierra algún valor. El valor se tasa hoy a ojo de buen cubero. Cría fama, dice un refrán. La buena fama de hogaño es cubista. Poco entiendo de metales, pero se me antoja que estamos en la época del peltre. Perdonad, amigos, que tengo la boca un poco amarga. Me doy cuenta de lo que Cervantes debió sufrir escribiendo las dedicatorias de sus libros: esto lo he censurado yo y ahora me pesa, porque a la postre he comprendido que es lo más heroico de Miguel de Cervantes. Muy mal había yo de querer a una persona para desearle que le amparasen. La caridad sabe siempre a sopa de convento. Dije antes que he llegado a tenerles miedo a los sabios, pero no revelé el miedo que me causan los protectores. Sobre la tragedia de Cervantes cae el velo de su sonrisa. Detrás de esa sonrisa no se sabe lo que hay: puede haber mala leche. Pienso si no sería para él menos duro que le ofendieran — mucho y muchos le ofendieron — que le ayudaran... a caer. Las amarguras cervantinas se hacen miel hiblea, mas no pocas veces su miel sabe a retama. Lució poco, como todo el que ha de brillar después: el que ha de alumbrar luego es ahora una estrella apagada que se enciende con la muerte. No se busquen sus cenizas, sus restos: polvo diluído en la inmortalidad. Esto engarzado en una constelación, siendo un lucero entre un ramo de astros. Aquí fué un penitente sin cogulla. Cervantes, de frente, sugiere una figura del Greco: el cuerpo es el tallo y la cabeza la flor: alrededor la gorguera rizada una cerca. Todo espíritu, hasta la carne. Por eso, por lo bien que sabía, le ladraron y le mordieron. Creó el quijotismo, que no es un concepto pasajero, sino un sistema eterno. Han desfilado muchas filosofías, el quijotismo queda: han pasado muchos escritores de aquellos siglos, Cervantes perdura. Sesenta y nueve años duró su crucifixión, después de la cual hay silencio de cien. La primera biografía de Cervantes la escribió Mayán en el siglo XVIII. Basta ya, amigos, que estoy triste. En estos momentos, el destierro me pesa como nunca. Ayer, en la Cueva de Cervantes, en el acto memorable de la colocación de la placa, por iniciativa del Movimiento Libertario proscrito, ya era uno y hoy no soy el mismo. Las ilusiones que ellas mismas no se mustian en mi rosal me las arrancan. Puede que este lenguaje no sea razonable: ajustado a la premisa de Cervantes «lo que no es absurdo no es verdadero». Miguel de Cervantes Saavedra a levantar el corazón invita.

¡¡Gloria a los españoles caídos en defensa de la libertad!!

¡¡¡Gloria a Cervantes!!!

J. M. PUYOL

Fin de este trabajo

VERSIONES

LA

ERASE una reina guapetona, flamenca y sin seso, pero colmada de sexo. Le sucedió, dada esta circunstancia, lo peor que podía sucederle: la casaron con un hombre que no era un hombre. Como era la reina, se buscó otros. Proceder, de su parte, gracioso. Así lo reconoció su pueblo. Ningún otro hecho le habría ganado tantas simpatías. La reina era, antes que reina, mujer.

Los hombres que escogía, y que dejaba de lado en cuanto se cansaba, si no tenían rango, se lo daba. Otro proceder gracioso. Hacía de ellos lo que la placía. Si eran capitanes, los ascendía a coroneles; si coroneles, a generales. Y si eran diputados, los hacía ministros. En cuanto a los sacerdotes de que estaba rodeada, los más complacientes para su conducta no tardaron en ser obispos. Poder tan juiciosamente administrado, merecía elogios unánimes. Sólo algunos descontentos, que nunca faltan, se los regateaban. Pero nadie hacía caso de los descontentos.

De su misión de reina, apenas se ocupaba. Para eso estaban los ministros, presididos, casi siempre, por un general, su amante de turno.

Los ministros, y el general, se ocupaban, más de lo necesario, de sus propios asuntos. No había reina en el país, ni rey: ésa era la realidad. Y no se notaba. Se vivía perfectamente sin ellos. O no se vivía. Pero si no se vivía no era porque no hubiese reina ni rey; era porque había ministros, presididos por un general, ocupados, muy ocupados, de sus propios asuntos.

Claro está que se ocupaban también de otras cosas —¡no faltaba más! —: de la política, que es ocupación absorbente, y de la guerra, estado casi normal en el país, cuando no con el extrajero, o en alguna colonia, entre los mismos habitantes del país, muy dados a ese género de lucha.

Los descontentos hacían responsable de todo a la reina. Con una reina normal, poseedora de un marido normal, no habrían sido descontentos. Era, su descontento, pequeño, aunque ruidoso. Generalmente es así. Se está descontento de algo que no es peor que aquello a que se aspira.

Para los ministros, y el general que los presidía, sus censuras eran menos ásperas. Es que querían ser ministros, o presidir ministros. No podían desear el puesto de la reina. Habría sido un deseo vano. Y no estaban seguros, sin duda, de hacer, como ministros, cosa distinta de la que hacían los ministros.

A la reina no llegaban, si no muy atenuadas, las críticas. Le dolían. No creía hacer mal a nadie. Creía, al contrario, derramar el bien sobre cuantos se le acercaban. Y no se engañaba. Los colmaba de bienes, después, o antes, de hacerles el regalo de su persona. Espléndido regalo.

Hizo, en más de una ocasión, que le trajeran algún descontento irreductible. Toda la irreductibilidad quedó en la antecámara. No había persona que se acercara a la reina y continuara censurándola. Una sonrisa suya bastaba para producir el milagro. Era simpática, simpática. Y tan simple, que no había modo de guardarle rencor.

Habría podido acallar a todos los descontentos, puesto que su descontento era pequeño, pequeño. Le deseseperaba que los hubiera, y toda su voluntad tendía a que tuvieran, si no aquello a que aspiraban, algo que les hiciera desarrugar el ceño y poner sordina a sus deciores. Los ministros no dejaron madurar ese propósito. Eran ya muchos los que participaban en el reparto de lo por ellos considerado como propio. Acabaron por no permitir que la reina tuviese eco de rumor alguno. Casi la enclaustraron.

Como era tan simple, no se percató de ello. De ese hecho insignificante había de provenir la tormenta que lo echó a rodar todo.

Nada, al parecer, había cambiado en la vida de la reina. Pero, salvo a su amante del momento, y a los ministros, en raros concejos, no veía otras personas que algunos sacerdotes y algunas monjitas simples como ella. De los cortesanos y cortesanas, se vigiló constantemente a los aficionados a conspirar, o se les hizo partícipes de aquello que deseaban: forma de acabar con su afición.

Pronto el aislamiento, que tardó mucho en notar, hizo adquirir a la reina nuevas costumbres, sin perder las que tenía. Se confesaba más que antes, para quedar li-

Anarquía

«Afirmamos nuestra superioridad sobre la mera existencia porque nos atrevemos a crear: y por creación no significamos construcción. La construcción es la hábil manipulación de elementos dados; la creación es la expansión de la conciencia, la conquista de nuevas zonas de comprensión. La creatividad es la ampliación sensible de la realidad; es la percepción de lo nunca percibido hasta entonces; la invención de conceptos nuevos y la elaboración de nuestro concepto del universo (la progresiva conciliación de lo singular con lo universal, según definió Hegel este proceso). Porque la libertad

REINA

bre de sus pecados y poder repetirlos, y hacía confidentes de sus inquietudes a las monjitas, incapaces de aconsejarla. Hasta que el cielo le envió una que sí podía aconsejarla, y que, especie de conquistador con faldas, revolvió toda la Corte. Que pudo llamarse, desde entonces, la Corte de los milagros. Porque la reina fué la primera en creer en ellos. Con fervor. Con tanto fervor como ponía en el regalo de su cuerpo.

Todo lo que siguió a ese acontecimiento fué algo de sueño, vivido por personajes de sueño. Los ministros, los generales, el tejer y destejer de los cortesanos, la política, la guerra, el eco de lo que el país sufría o soportaba, el descontento de los descontentos, todo era como irreal. Na había más que una realidad: la reina estaba en manos de una monjita milagrera, y esta monjita era la que regía a la nación: a su capricho. Con un despotismo que para sí hubieran querido los déspotas orientales. Despedía ministros y generales, desterraba cortesanos, dictaba leyes, rehacía la constitución, todavía esbozo de constitución. Era una maravilla de actividad, de energía y de ignorancia. No hay maravillas de actividad y de energía sino aparejadas a la ignorancia.

Por primera vez, empujada por la monjita, la reina parecía ocuparse de su pueblo. Era un desastre. Se estaba mejor cuando dejaba ese quehacer a los ministros, al fin y al cabo no vitalicios. ¡Mientras los principales cuidados de éstos eran enriquecerse, gran mal, no perpetraban males mayores. La reina, que no tenía por qué pensar en la riqueza — todo era suyo —, llevaba el país al caos.

Se logró alejar a la monjita, para evitar ese peligro. Siguió, desde su convento, pero no ya tan escandalosamente, haciendo y deshaciendo ministerios. Caían unos y surgían otros como fantasmas. Y como fantasmas hacían los generales la guerra, los políticos la política, los embajadores la diplomacia. Y hasta los descontentos proclamaban, como fantasmas, su descontento.

La reina tomó gusto a disponer, porque en su simpleza, creyó ser ella quien disponía. Sus propios amantes, ante los que en otro tiempo era pasta moldeable, no tuvieron ya su respeto. De señores, pasaron a lacayos. No había más voluntad que la de la monjita: ésta era ahora la que poseía; no como ellos, pero más absolutamente que ellos.

El sueño tuvo fin: tragicómico. Los descontentos aumentaron — y sucede alguna vez —, fueron escuchados. Para facilitarles su tarea, la reina, ya muy inclinada a la superstición, se hizo en todo supersticiosa. Su pueblo también lo era. Pero se soporta mal en los demás aquello que se es. Todos los caminos están abiertos para quien sabe aprovechar circunstancia pareja. Los descontentos, sin clara conciencia de ello, supieron aprovecharla. Cundió el deseo de librarse de la reina, que no había perdido su simpatía, pero que no se juzgaba tan simpática. Muchos de los que habían recibido sus favores la traicionaron. Y en un instante, inesperado, insospechado, como terminan los sueños, terminó el sueño: la reina fué destronada.

Partió para el destierro, con algunos de sus fieles, que fueron disminuyendo poco a poco. Reconquistado el reino, aunque no para ella, volvieron al país, para seguir participando de lo que quedaba, o de lo que se creaba.

En el destierro, la vida de la reina se prolongó años y años. Pasaba su tiempo — el tiempo que le dejaban libre las aventuras, a las que no había renunciado —, en rezos y oraciones — no se creía nunca perdonada de sus pecados —, o con una baraja en la mano tratando de interrogar al Destino.

Su simpatía no había disminuido. Cuantos se acercaban a ella quedaban prendados de ella. Era vieja, vieja, pero conservaba los rasgos de su antigua belleza, del antiguo esplendor de su cuerpo, tan generosamente prodigado.

Murió un día triste, al anochecer, bajo un cielo plomizo, añorando el sol de su pueblo.

Un escritor ingenioso, compatriota suyo, y desterrado, como ella, al leer, horas después, la noticia de su muerte, resumió su existencia en una frase, sin ningún propósito de ofenderla.

— Es la primera noche — dijo — que duerme con las piernas cerradas.

DENIS

y orden

carece de sentido sin unidad, sin mutualidad. Soy libre hallándome en medio del Sahara, pero mi libertad es inútil porque no puedo comunicar mi conciencia de ella a otros, y continuar así el «hilo metamórfico». La conciencia es social, fenómeno colectivo. La raza humana evoluciona en virtud de su colectividad, como un rebaño. Pero el rebaño genera en sí mismo puntos más agudos de conciencia, que son los espíritus de los individuos; éstos envían a la comunidad sus actos creadores de percepción. Se produce un gradual, muy gradual cambio de conciencia en todo el cuerpo.»

Herbert READ

LA VIDA Y LOS LIBROS

«LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX»
por **Carlos Rama**
(Continuación)

UNA SOCIEDAD REPUBLICANA CON UN EJERCITO MONARQUICO

Tal era la situación de España el año 1931 cuando el advenimiento de la República. No es de extrañar que semejante paradoja coloca a los republicanos en una situación extremadamente delicada. Uno de ellos, Azaña, desde el Ministerio de la Guerra usó de toda su audacia y de todos sus poderes para conseguir un cambio. La República se proclama el 14, y el 23 del mismo mes y año ya aparece un decreto que inicia el alejamiento de los oficiales monárquicos. «De 26.000, dice Jiménez de Asúa, la plantilla quedó reducida a menos de 10.000. Diremos de paso que en todos los cambios políticos de todos los países se ha observado la misma situación que en España y se han tomado medidas parecidas para neutralizar al ejército. Azaña no innovó nada.

Hoy, a casi 30 años de aquellas fechas, los españoles nos preguntamos: ¿Es posible o no es posible gobernar sin barrer de la nación a las castas militares? No; no puede ser. La historia viene a darnos razón a los anarcosindicalistas cuando afirmamos que el poder político no es nada, es impotente, si la Banca, la Iglesia y el Ejército no desaparecen mediante una acción popular; mediante una fuerza, auténticamente del pueblo, que sepa hacerles frente. La intención de los republicanos, por buena que fuera, no dejó de ser una inocentada. Perdonable entonces, si para el futuro aquello les ha servido, nos ha servido de lección.

Carlos Rama abarca en su libro aspectos de todo orden que encadenan los acontecimientos y los hombres. Así nos dice, refiriéndose a otro siglo, mientras «el Estado se ajusta a la defensa del «statu quo», sin actuar en un sentido de progreso positivo, o simplemente favorecer una evolución, «el mundo de las ideas sigue las líneas de la vida del espíritu del mundo».

Determinista, concluye: «De ahí que el ideal revolucionario que procura dar soluciones a los problemas del país sea prudentemente liberal monarquista en 1812. ¡Y tan prudente!, «republicano federal en 1868, y a partir de entonces, demoliberal o socialista.»

Dice una gran verdad, que debería hacer reflexionar a todo español, cuando afirma que «el Estado español mantenía las grandes líneas arquitecturales de la Edad Media y había pasado sin graves transformaciones toda la época moderna». En los siglos en que los demás Estados europeos sufrían hondas transformaciones (Italia, el Renacimiento; Alemania, la Reforma; Inglaterra, las Revoluciones del siglo XVII; y Francia, la Gran Revolución) España en cambio, se ha ahorrado ese trance al precio de su decadencia.»

Exacto, la pata católica no ha soltado presa en España. Después de la expulsión de los moriscos, en la sociedad española se pararon hasta los relojes.

No es el primero en decir que España ha obrado casi siempre a destiempo. «¿El mal de España? Es el reflejo de la sicología individual enfrentada al Estado, pero antes de intentar corregir al individuo corresponde renovar y transformar al Estado... En una palabra, se trata de incorporar a España al concepto europeo del Estado y nación.» Si esto quiere decir que como nación y como conglomerado social, España no ha marchado jamás al unísono de las otras naciones, hace bien con remarcarlo. Nunca, el español, ha sido oportuno. Muchos ejemplos nos ofrece la historia para poderlo decir. La última acción oportuna, no por eso menos noble y justificado, fué el guantazo que se le dió al fascismo el año 36, el primer guantazo que éste recibió; cuando el mundo ya empezaba a acostumbrarse a ver solamente victorias fascistas (se merendó a Italia sin casi resistencia, siguió Alemania con la tolerancia de las multitudes y de las naciones, después Austria, etc., etc.), debió ser España quien le hiciera frente. Y si perdió, sólo a la falta de una verdadera solidaridad internacional hay que culpar. Aquel guantazo tres años más tarde habría tenido otra resonancia.

Las causas de la sicología colectiva española, deduce Rama, hay que buscarlas en «la estructuración de su sociedad de acuerdo con su economía atrasada y en la *actitud del Estado* (subrayamos nosotros). Maritain dice lo mismo si se tiene en cuenta que Estado y Clero en España son la misma cosa. Este escritor francés escribió: «Todo observador de España sabe que la relación sicológica del pueblo y de su clero y el resentimiento de aquél es la herida profunda de la historia española.» Sobre todo en estos últimos tiempos en los que el clero se ha portado peor que nunca al confabularse y animar a la matanza de tantos españoles.

Temerosos del militarismo no han sido solamente los republicanos. También le han temido los propios monárquicos. Al efecto Rama reproduce de Romanones : «Como consecuencia de los hechos que quedan expuestos, la política estuvo supeditada al elemento militar y la dirección suprema de ella puesta en manos de los militares». Sigue afirmando que «en su actitud no siempre eran los ideales quienes primaban, a veces también el apetito personal». Indudablemente, España ha sido prisionera del apetito personal de la oficialidad del ejército y del alto clero. Más aún que de la Banca, más, mucho más, que de la propia burguesía.

En cuanto al carácter individualista e indisciplinado de los españoles dos ejemplos nos cita que contrastan con ello: «No hay que olvidar, dice, que algunos de los organismos mundiales más férreos han surgido en España (la Compañía de Jesús y la Guardia Civil).» No obstante, no esconde el hecho del carácter individualista y rebelde del español, cuyo mejor intérprete en nuestros días ha sido Pi y Margall. Para éste, «todos los hombres son ingobernables.» Esto como principio.

En el hermoso libro de Rama no podía faltar toda una serie de citaciones del gran maestro del federalismo, principalmente en aquello que se refiere a estructura social e independencia de individuo, grupo y territorio.

Las mismas ideas encuentra en Costa, y el mismo afán de renovación en el no menos querido Ganivet. Síntesis de todos ellos, según Rama, es Ortega y Gasset cuya principal preocupación es España. Una tortura moral, su decadencia.

Como con Costa y Pi y Margall, leyendo «La crisis española del siglo XX», Rama nos hace pasear en conversación íntima, calurosa, ilustre y provechosa, con

Ortega y Gasset, con Menéndez Pidal, con Layret, con Largo Caballero, con Primo de Rivera, etc.

Desde luego, en política, como pueblo, el español ha sido un dormilón. Será rebelde como individuo, pero su rebeldía es intuitiva, sin cálculo, sin norte, y por ende, sin consecuencias. El pueblo español habla por su conducta y ésta es concluyente: «Despierto un día, dormido cien años». De ahí que Madariaga diga que el español en un «espectador» y que Altamira estudiando la sicología de los españoles aluda a «su indiferencia».

Indiferencia, por otra parte, muy original a veces cuya muestra nos la ofrece el propio Azaña en las siguientes líneas: «A travesaba yo una villa castellana. Era un día de fiesta o de feria; la plaza estaba llena de gente. Es claro: pasa el presidente del Consejo de Ministros, y ¡qué se le va a hacer!, la gente se agolpa al coche, grita, saluda, nos cuesta trabajo abrirnos camino. ¡Ah! Pero todo esto que, agradecido, a veces es penoso, nos hace salir de la plaza, y en la esquina había un hombre magnífico, un hombre de gran estatura, atezado, seco, que debería ser, supongo yo, curtidor, con un enorme mandil de cuero que le caía desde los hombros hasta los talones. Apenas reclinado en un poyo de piedra, me vió pasar. Yo iba de pie. Me reconoció, me dirigió una mirada de desprecio sublime y no se movió. Desde entonces tengo por este hombre una admiración tal, que digo: éste es el hombre castellano que yo quiero. Pasa el presidente del Consejo de Ministros y él está con su mandil de cuero, quizá con su hambre, y con su olímpico gesto castellano dice: «Somos dos iguales». Desde luego, si pensamos en algunos hechos acaecidos en España durante el gobierno de Azaña, no podemos evitar una mueca de duda al leer esta anécdota, y gritar con cierta severidad: ¡oh, lirismo! Porque, ¡quién sabe si aquel curtidor era vecino de Casas Viejas! ¡Quién sabe!

Mas, y precisamente por ello, citaciones de éstas no le quitan valor al libro de Rama, antes al contrario, le aumenta el valor por la riqueza de detalles y por los contrastes que surgen presentando aspectos verdaderamente históricos de la pobre España. Esa España en la que, al decir de Costa, Costa el Grande, llamaríamos nosotros al autor del «Colectivismo Agrario», «se debe poner fin a este hecho monstruoso... que más de la mitad de los españoles se acuesta todas las noches con hambre.»

M. CELMA

(Continuará)

¿QUE ES LA VIDA?

Un animálculo puesto en circulación por un espasmo, y ya estamos en vida.

Un microbio puesto en movimiento por un miasma, y ya estamos muertos.

A. DUMAS

«EN MI HAMBRE MANDO YO»

«En mi hambre, mando yo»; así contestó un labriego andaluz al que instaban, en unas elecciones, a que votara a favor del candidato reaccionario. «Tú tienes hambre», le repetían, «y nosotros podemos darte lo que necesitas».

Era cierto; él tenía hambre, pero era dueño de ella, mandaba en ella y no estaba dispuesto a venderla. Tenía razón; no podemos negociar con nuestras hambres.

He aquí la justificación de las páginas que siguen, por mí trazadas, las que deseo hacer llegar a quienes por su hambre han sufrido.»

Isabel de Palencia

ESTE es el título y la presentación del libro que hace unos meses, en forma de novela, dió a la luz pública una escritora de fuste, que supo dar a la tragedia de España, una interpretación poco común.

La autora, la señora Isabel de Palencia, ha escrito este libro con la vista y la emoción fijos en la tragedia de España provocada por los esbirros de las castas militares y clericales.

La lectura de este libro ha producido en nosotros una sensación de nostálgico deseo del ayer venturoso en el que cifrábamos tantas y tan soñadas esperanzas de una era de grandes y prometedoras venturas y libertades para nuestro pueblo.

Esta narración en forma de novela, escrita con tanta emoción, no es una novela pura y simplemente como las que se escriben para un público acostumbrado a lo espectacular y truculento de las narraciones humanas. Es un libro vibrante, emotivo, pasional. En sus páginas flota un realismo capaz de poner en conmoción las más adormecidas fibras de nuestros sentimientos.

Los tipos y lugares que en sus páginas se destacan, son tan vivos, tan reales, tan exactamente característicos de nuestros rasgos políticos y sociales, que uno se siente transportado a los rincones que le fueron bien conocidos por sus luchas, por sus anécdotas, por sus hechos y por las condiciones tan acentuadas de indomable oposición a la tiranía ejercida por los caciquismos de todos los tiempos.

Las escenas, los tipos, son tan vivos, son de una humanidad y de una firmeza de carácter tan sustantivos en los hombres dignos ,en los seres todos, que se hace difícil errar el camino de la interpretación diciendo que es un dechado de sicología de nuestro pueblo, de la España sufriente, aherrojada.

El prólogo de nuestro movimiento, provocado por el fascismo español, da paso a la profunda y emocional tarea de nuestro pueblo en la defensa de sus derechos y en el aprovechamiento de sus fuerzas y de sus ideas que las impulsan, para lograr el firme asiento de las libertades públicas.

Lo épico, lo trágico y lo sentimental, unido al fondo moral de los impulsos que mueven al pueblo español para lograr la derrota de esta nueva tiranía que quería sumirlo en el más negro de los abismos, de las esclavitudes modernas, campea de forma tan clara, y con una comprensión tan humana en sus descripciones, que uno se ve forzado a no alejar su vista de estas páginas tan crudas, pero tan ciertas, en las que la tragedia de España aparece en toda su extensión, su crudeza y su verdad.

Los tipos, los lugares, las escanas tormentosas, dan una tónica de realidad tan pura, tan sentida y tan auténticamente histórica, que se hace bastante difícil superar.

El concepto arcaico de lo absoluto, la tradición del principio de autoridad feudal de que se jactaban los caciques y los poseedores de la riqueza territorial, con la cual esclavizaban al campesino y al obrero, adquieren una calidad tan acentuada de los atropellos que soportaba el pueblo, que uno se siente transportado a aquellos lugares de miseria y de triste vivir de los campos de Andalucía, del agro español todo.

Pero también, como natural contrapartida y reación al concepto arbitrario, aparece vibrante, firme, decidido y acometedor, con sentido exacto de la consecuencia y de la perennidad humanista ,el tipo del hombre que no se doblega ante la injusticia, ni ante la miseria a que lo someten las clases privilegiadas que detentan la riqueza del agro, indebida y criminalmente.

Se conjuga en algún momento, el estado de conciencia del que goza de todos los privilegios económicos, rebelándose contra la injusticia, y el ansia de reivindicar su derecho a la vida de aquellos que carecen de todo. Y surge, con conciencia y sentimiento de la justicia, que debe imperar en la tierra, el deseo y la decisión hecha firmeza de propósitos, en el corazón de los hombres a la negra noche actual, y que solamente les apartan, como hermanos en desgracia, el privilegio de haber nacido en cuna dorada unos, y en cuna de esparto, otros. ¡El gran Drama!

En el libro, va discurriendo el proceso de nuestra hecatombe, con los accidentes propios de toda contienda en la que la justicia reclama y se esfuerza por lograr e imponer sus sagrados fueros; y la injusticia que apela a todo cuanto constituye el crimen para abatir el ansia de libertad de un pueblo que —como el nuestro— no hizo otra cosa que defender las conquistas de un siglo de luchas en pro de tales prerrogativas superiores para enaltecer a todo un mundo libre, justo y humano.

Este libro, nos ha recordado lo vivo de aquellas jornadas en que los hombres no conocían el peligro, y en los que cada luchador era un baluarte de la libertad hollada.

Los días del Madrid heroico, las colaboraciones traidoras, desde el interior mismo de la zona leal a la contienda, la abnegada labor de los que surtían a los frentes de lo necesario para su defensa, y por último, las vicisitudes, las horrorosas escenas del vencimiento, en el que colaboraron, consciente e inconscientemente, todos los Estados de la Europa llamada democrática, y los seudo defensores de los intereses de las clases trabajadoras, imponiendo sus tácticas que habían de conducir —y condujeron— inevitablemente de la España revolucionaria, a la negra noche actual van desfilando por el libro como cinta cinematográfica que se clava en los sentidos, en el alma no insensible al dolor humano.

Las épicas y horrorosas escenas del puerto de Alicante, las ejecuciones en masa de los «vencidos», el tormento, el terror y el horror impuesto por los «vencedores»; el desprecio, el escarnio, y la burla a los caídos en la red franquista, son notas que campean con escalofrío en las páginas de este libro que con gra nimparcialidad comprende la razón de los que luchaban por un mayor grado de libertad. Libertad que les habría de arrancar definitivamente con su triunfo el nuevo «imperio» de la traición y de la ruín venganza.

Y, por último, la constatación

de que un pueblo no quiere vivir encadenado, simbolizado por el sacrificio postrero del que, aún viendo perdido el pleito, intenta reemprender la marcha por todos los medios imaginables, para recuperar las libertades, aún cuando la vida quede truncada por las balas del triunfador asesino.

«Hambre de libertad, hambre de pan, hambre de tierra, hambre de justicia», son el símbolo al que se entrega íntegramente el hombre del campo, de la fábrica y del taller, para lograr tan bellos sueños, tan indispensables atributos sin los cuales la vida no tendría objeto; para que esta vida humana cumpla una misión; vivirla consciente y justamente, plenamente, como corresponde al ser humano cuya vida es útil a la sociedad, y que no pide otra recompensa que la reciprocidad y la abolición del parasitismo secular.

«Hambre de amor, hambre de trabajo, hambre de cultura», que permitan al hombre ser digno de sí mismo. Este es el verdadero sentido a que se acerca íntimamente, el sentido auténtico de la narración de la escritora que supo, con su sensibilidad y su comprensión, situar el problema de la lucha contra el fascismo, en su verdadero plano y realidad.

Señora de Palencia, ha prestado usted un gran servicio a la Historia y al pueblo español, haciéndoles justicia.

H. PLAJA

Agradecimiento a los libros

por **STEFAN ZWEIG**

Aquí están, resignados y callados. No instan, no llaman, no piden. En su estante están, y esperan silenciosos. Una somnolencia parece envolverlos y, sin embargo, de cada uno de ellos mira un hombre como un ojo abierto. Al acariciarlos con la vista, con las manos, no nos llaman suplicando, no se dan importancia. No piden. Están esperando que nos entreguemos a ellos; solamente entonces se ofrecen. Primero, tranquilidad alrededor de nosotros, tranquilidad en nosotros; luego estamos dispuestos para ellos: una noche, al regreso del camino fatigoso; un medio día, cansados de los hombres; una mañana nublada que se abre entre sueños visionarios. Deseamos platicar con alguien y, sin embargo, estamos solos. Deseamos soñar; pero con música. Con el gusto epicúreo anticipado de la dulce prueba, nos acercamos a la biblioteca; cien ojos, cien hombres clavan la vista en nuestras miradas escudriñadoras, silenciosas y pacientes como las esclavas de un serrallo a su dueño, esperando con devoción la llamada y felices de ser elegidos, de ser gozados. Y de hallar luego, como cuando el dedo pasa tanteando sobre las teclas del piano, el sonido exacto de la melodía interior; flexibles se sujetan a la mano de este ser blanco, taciturno, este violín silencioso del que emanan todas las voces del universo. Lo abrimos, leemos un renglón, un verso; pero no sueña en consonancia con la hora. Desilusionados, casi sin delicadeza, lo devolvemos a su sitio. Hasta que encontramos el presentido, el propio, el justo en el mundo. Y de repente sentimos la emoción de lo sublime, de lo divino, de lo único... La magia ha obrado; fantasmagorías suben desde las suaves nubes del sueño. Calles y avenidas se abren de par en par, y extrañas lejanías recogen tu sentimiento que se va extinguiendo.

Un reloj hace oír su tic-tac no se sabe dónde; pero no alcanza hasta este tiempo ya escapado de sí mismo. Aquí las horas se miden con otro compás. Tenemos aquí libros que transcurrieron muchos siglos antes de que sus palabras nacieran en nuestros labios; tenemos aquí libros jóvenes, nacidos sólo anteayer, engendrados por la perturbación y el capricho de un niño imberbe; pero hablan una lengua mágica; tanto el uno como el otro, elevan, meciendo nuestra mente. Y emocionando, consuelan simultáneamente; seduciendo, apaciguaron los sentidos abiertos. Y paladinamente nos sumergimos, nosotros mismos, en ellos, por sereno vuelo de sus melodías, por un mundo más allá de nuestro mundo.

¡Qué horas más puras pasamos alejados del tumulto terrestre! ¡Libros, compañeros fieles, silenciosos, cómo agradecemos vuestra perpetua compañía, el aliento e infinito estímulo de vuestra presencia!

MICROCULTURA

495. — *El 12 de enero de 1773, en Charleston, Estado de Carolina del Sur, se inauguró el primer museo público en Norteamérica.*

496. — *Cambul es el nombre local que se da en Yucatán al faisán.*

497. — *Demócrito, en el año 420 (A.C.), enseñó la indestructibilidad de la materia.*

498. — *Wœhler, en 1827, fué quien aisló el aluminio.*

499. — *Fotografías de huesos humanos, hechas sin necesidad de rayos X, han sido obtenidas por un registrador ultrasónico.*

500. — *El dieldrín es 20 veces más tóxico para los insectos que el DDT.*

501. — *Existe más de un millón de ciegos en la India, donde un médico filántropo americano realiza hasta cien operaciones diarias de cataratas.*

502. — *Papel hecho con fibras metálicas, en vez de pulpa de madera, es conductor del calor y la electricidad, resiste temperaturas extremas y tiene propiedades magnéticas.*

503. — *Científicos de la universidad americana de Columbia, consiguieron hacer nervios a través de la médula espinal seriamente dañada de animales.*

504. — *Lo que mantiene a un satélite en su órbita es el hecho de que la fuerza centrífuga sobre él está equilibrada por la fuerza de la gravedad.*

505. — *Se calcula que la mitad de la población de la América Latina es analfabeta.*

506. — *Enrique Scheliemen (1822-1890), fué un arqueólogo y helenista alemán, célebre por su descubrimiento de las ruinas de Troya en 1871.*

507. — *El planeta Saturno ocupa el sexto lugar en nuestro sistema, en el orden del distanciamiento al sol.*

508. — *El primero que llegó a la cima del Monte Blanco (Suiza), fué Horacio de Saussire, físico y geólogo suizo (1740-1799).*

509. — *El 5 de junio de 1783 ascendió el primer globo de los hermanos José y Esteban Montgolfier.*

510. — *Francisco Madero, fué un patriota mejicano que traicionó a Emiliano Zapata y que luego murió asesinado.*

511. — *La máxima latina «Trahit sua quemque voluptas» significa que cada cual tiene una afición que le arrastra; es decir, cada cual tiene sus inclincaiones. Pertenece a Virgilio.*

512. — *El primer europeo que descubrió Alaska fué Vito Behring, un navegante danés al servicio del ruso Pedro el Grande (1660-1741).*

513. — *Benjamín, en hebreo, significa «hijo de mi diestra».*

514. — *El que tiene aversión al trato humano es un misántropo.*

515. — *Conticinio es la hora de la noche en que todo está en silencio.*

516. — *Alaska en esquimal quiere decir «Las Grandes Tierras».*

517. — *Las tres partes componentes de la Tierra son: la atmósfera, la hidrosfera y la litosfera.*

518. — *La montaña más alta de los Estados Unidos de Norteamérica es el monte Whitney, situado en California.*

519. — *El más grande poeta de América se estima fué Rubén Darío, nicaragüense (1867-1916).*

520. — *Hans Christian Andersen fué el cuentista danés autor de «El patito feo».*

521. — *Se entiende por «lavacaras» a la persona aduladora.*

522. — *Por medio del sismógrafo se determina la ubicación e intensidad de un terremoto.*

523. — *El historial médico más antiguo que se conoce es el escrito por Imhotep, médico egipcio hace unos tres mil años.*

524. — *Los monos más pequeños del mundo son los titíes; son tan pequeños que una pareja puede sentarse en la mano de una persona sin ocupar mucho espacio.*

525. — *Por término medio, un automóvil tiene unas quince mil piezas.*

526. — *Las letras escritas en el aire por un aeroplano son aproximadamente de un kilómetro y medio de largas y de un kilómetro de anchas.*

527. — *El avestruz ruge como un león; a cierta distancia no puede distinguirse entre el rugido de ambos animales.*

528. — *En Irak es donde hay un puente que se baja para dejar pasar los barcos.*

529. — *Juan Christian Oersted fué un físico dinamarqués, que se inmortalizó con el descubrimiento del electromagnetismo (1777-1851).*

530. — *Las islas más grandes del Mediterráneo son Sicilia, Cerdeña y Chipre.*

531. — *El apellido más común en los países de habla inglesa es Smith: le siguen Johnson, Brown, Miller y Jones.*

532. — *En agosto de 1619, un barco de guerra holandés vendió a los colonizadores norteamericanos, los primeros esclavos negros.*

533. — *Catorce toneladas y media pesa el gran reloj de Londres llamado «Big Ben».*

534. — *El ave que viaja más lejos cuando migra es la golondrina de mar ártica, que pasa el verano en el círculo polar ártico y el invierno en el antártico. Recorre unos 35. 000 kilómetros en un año.*

535. — *Un indígena australiano puede lanzar el bumerang a noventa y un metros y cuatro centímetros, antes de que regrese a las manos del que lo lanza.*

536. — *El corazón de la ballena, por término medio, pesa 363 kilos.*

537. — *El lago artificial más grande del mundo, es el embalse formado por la represa Grand Coulée, en el Estado de Wáshington (EE. UU.), que mide doscientos cuarenta y un kilómetros y medio de largo.*

538. — *Los árabes llaman al dromedario «mehari».*

539. — *La formación de las islas coralinas fué explicada por Carlos Roberto Darwin, naturalista inglés, en 1836.*

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau. Toulouse H te. Gne.

PARABOLA

El perro que supo perdonar

Cielos de luz arriba y tierras de verdor abajo. Unos y otras, orgía de rumores y matices, paisaje de fiesta, en permanentes galas domingueras para solaz de los cinco sentidos. En el cielo, en la amplitud azul de la inmensidad, un águila planea, derándose en el incendio del sol mediterráneo. Y en la tierra, por camino bordeado de arrozales en flor, un hombre a quien sigue zaguero un hermoso perro de aguas. La belleza de aquel cielo y la bondad de aquella tierra no bastan para apartar del pensamiento del hombre una idea bárbara. Diríase que cruza por un erial. Y es que el hombre va a matar. En cambio, el perro, su víctima, solazándose en la epifanía vernal de los campos, se detiene, respira, escucha, olfatea y corre, cuando el hombre traspone un recodo o desaparece en una cañana.

◆

Llegan al río. El perro, ajeno a la intención del hombre, salta el primero a la barca y con ladridos de impaciencia insta a su compañero a que se embarque. Este se ha quedado en el guijarral del cauce buscando algo. El perro, las orejas enhiestas, mira al hombre, se impacienta y ladra. Pero el hombre ha hallado ya lo que buscaba: una enorme piedra redonda que aupa hasta el vientre, sujeta con los dos brazos y trae a la barca. El perro, al verlo llegar, gruñe cariñoso, como reconviniéndole por la demora.

El hombre, a quien la idea de matar no abandona, rema en busca de la mayor hondura del remanso. El perro se ha colocado ahora en la proa, ansioso de abordar la opuesta orilla. Pero, cuando la barca llega al centro del río, se para. El perro, extrañado por la detención, vuelve la cabeza al hombre; éste le llama, y el perro se le acerca con coleteos de júbilo. ¡Es la primera vez que el hombre le ha hablado aquel día!

Y el hombre, a quien el júbilo del can no dice nada, ata al cuello de su perro una cuerda con la que previamente ha sujetado la piedra. Después... toma al perro en brazos y lo echa al agua; detrás arroja la piedra, asiste impasible a la agonía del perro que se hunde y empuña los remos para volver a la orilla.

Pero el perro en sus forcejeos con la muerte se libra de la cuerda mal anudada al cuello y sale a flote. Trata de acercarse a la barca y el hombre que lo ve agarra un remo, se pone en pie y descarga sobre la cabeza del animal un golpe que el agua amortigua; levanta de nuevo el remo, pero con el esfuerzo la barca pierde el equilibrio y el hombre cae al agua.

Ahora es el hombre quien se debate en una lucha a muerte con el río. No sabe nadar y bracea en vano por mantenerse a flote. Llama desesperado al perro y éste, al oírse invocado en aquel grito apremiante, acude hasta el amo, lo agarra con sus colmillos por la ropa y nada, remolcándolo, hasta ganar la arena de la orilla. Una vez allí, lame la cara del hombre. Este se hurta a la caricia hasta que, ganado por la insistencia, acaba por abrazar al perro.

◆

El hecho es auténtico. Ocurrió en tierras de nuestro Levante, de aquella Valencia que, por un gracioso favor de los dioses y de los hombres, es huerto de Ceres y jardín de Dionisios. Pues, allí, en aquel jardín de nuestra España, pudo haber un hombre capaz de matar a su «mejor amigo», pero —consolémonos— habrá siempre perros capaces de olvidar tan monstruosa ingratitud.

Mariano Viñuales

Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Critica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentín Camp	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse